This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

789
G984
v

UC-NRLF
$B 299 096

EDUARDO GUTIERREZ

UN VIAJE INFERNAL

OBRA INÉDITA

BUENOS AIRES
Casa Editora de Juan Sundblad-Oscar, Daliver 666

1899

YB 43519

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

789
G984
v

UN VIAJE INFERNAL

Es propiedad del editor

y Fábrica de Libros en Blanco de Juan Schürer-Stolle, Bolívar 260

UNIV. OF
CALIFORNIA

EDUARDO GUTIERREZ

UN VIAJE INFERNAL

POR

EDUARDO GUTIÉRREZ

OBRA INÉDITA

UNIV. OF CALIFORNIA

BUENOS AIRES

CASA EDITORA, JUAN SCHÜRER-STOLLE, BOLÍVAR 260

1899

PRESERVATION
COPY ADDED
mlf 5/6/91

UNIV. OF
CALIFORNIA

UN VIAJE INFERNAL

Habíamos tomado la galera en la ciudad de la Rioja para venir á Buenos Aires, pasando por la sierra de Don Diego, aquella sierra que inmortalizó Diego Bennati, comiéndose una oreja del ventero.

Para pasar la sierra de Don Diego debíamos fletar en la posta mulas vaqueanas, de manera que no corriéramos peligro de dejar copia de nuestros sesos entre aquellos peñascos y senditas por donde las cabras podían pasar.

Y salimos de aquella ciudad de mujeres lindas y de hombres generosos, al compás de una música que, en señal de despedida, había venido á darnos el negro Bravo, y aquel gran locazo de Miguel Jaramillo, el truán más travieso que haya nacido de vientre riojano.

Aquella música era una zamba agitada, ejecutada á bombo y triángulo, instrumentos que formaban la banda de aquellas buenas ciudades.

Nuestra despedida no podía ser más agradable. Un trago de vino como una pipa, de aquel vino resucitador que fabricaba el notable doctor Alvarez y una última mi-

121

rada á aquellas muchachas lindísimas y exuberantes, con que se tropieza allí á la vuelta de cada esquina.

No se sabe si las mujeres son allí tan soberbiamente hermosas porque respiran el ambiente de aquella naturaleza tan rica y perfumada, ó si la naturaleza es así, porque respiran en ella aquellas mujeres divinas.

Miramos, pues, por última vez aquellos ojazos de terciopelo tan dulcemente expresivos y mansos, dimos un moquete en el cogote del locazo Jaramillo, y partimos arrastrados por las ocho mulas que tiraban de aquel vehículo llamado galera con el mismo derecho que se hubiera llamado candelero, lo que prueba que tenía tanto de galera como yo de ruso, á no ser que se llamara galera por haber servido en un tiempo para conducir galeotes á presidio.

Era nuestro compañero el mayor Herrera, aquel heróico chiquilín del 6 de línea que había ido á la Rioja á visitar á sus viejos.

El látigo sonó por quinta ó sexta vez sobre los matambres metafísicos de aquellos recuerdos de mula, y la galera rodó, produciendo algo como un concierto de octavino que tocaba cada uno en tono distinto.

TO MIL AMBRIJAO

Diez charquis de queso, medio cabro asado, una damajuana de vino de Alvarez y un frasco de agrio de naranja era nuestro capital en provisiones de boca.

Sin más trámite le hicimos entrada al cabro, para matar el tiempo y el hambre, mientras el conductor, que se llamaba Ubelinton (Welington) sudaba la gota gorda para hacer andar las mulas.

Pero las pobres mulas no daban oído ni á los gritos ni al látigo y fué necesario resolver la cuestión de una manera curiosa.

El marucho, montado en un buen muló, se puso delante de la galera con un gran manojo de pasto en la mano y las mulas, como si hubieran recibido una inyección subcutánea de electricidad, salieron por esos arenales de Dios como alma que huye del diablo.

Ubelinton dejó de gritar, el látigo de chasquear los matambres de las mulas, y éstas aumentaban su velocidad á medida del deseo que les inspiraba aquel maldecido manojo de pasto que nunca podían alcanzar.

Bajo un sol cuyos rayos se filtraban por las grietas de la capota, quemándonos vivos y sobre aquella arena abrasada, seguimos, aplacando la sed formidable con el contenido de la damajuana.

No habíamos llevado agua, y la que hallábamos en el camino podía muy bien servir de algo como el bálsamo de Fierabrás, pero nunca como un calmante de sed.

En vano mezclamos aquel brebaje formidable con agrio y azúcar, fué para volverlo más nauseabundo, más intragable.

Y la sed aumentaba con el calor y el vino.

¡Apurá el mulo, marucho! gritó Herrera.

El muchacho castigó el mulo que mosqueó de una manera formidable y las mulas se lanzaron detrás del pasto con más desesperación que nunca.

Aquel manojo de pasto producía milagros en las canillas de los pobres cuadrúpedos.

Por fin, medio muertos ya por el calor y la sed, avistamos la famosa sierra de Don Diego con sus dos ranchos miserables que sirven de alojamiento á pasajeros y ventero.

Aquella posta donde tuvo lugar la formidable aventura de Bennati, está situada al pie mismo de la sierra, cuyas senditas estrechas y empinadas hacen dudar que pueda subirlas ningún animal desprovisto de alas.

Habíamos llegado tarde y no podíamos salir hasta el día siguiente, por lo que resolvimos descansar los miserables huesos, en aquel suelo donde habían nacido y muerto diez millones de generaciones de insectos de toda clase.

En una posada era lógico que hubiese que comer, preguntando al ventero patrio, que tenía de bueno:

Mazamorra de trigo—nos respondió—pueden comer hasta que se harten.

El plato no tenía atractivo alguno para nosotros que veníamos llenos de cabro, quesadillas, naranjada y ojo de mujeres divinas.

Tomamos agria, el agua en que el posadero había lavado los platos aquel día, y tendimos los recados en el suelo con la intención de hacerle una robadita al sueño.

¡Pero qué diablos! ¡Quién había de poder dormir con la luz de aquel inmenso candil!

Lo apagamos, y mientras otros pasajeros entraban á hacer la misma operación, nos quedamos fritos.

De pronto sonó á nuestras espaldas una voz formidable y de acento inglés que gritaba:

—¡Asesinos! ¡Me matan!

Y al mismo tiempo oímos la voz de Herrera que sollozaba: ¡á mi también! pero con el acento risueño del que sabe lo que le pasa.

Iba á levantarme perezosamente, cuando un pinchazo dado en plena canilla me hizo dar un brinco fabuloso y clavar las uñas sobre la flaca canilla.

Rasqué un fósforo y ví á mi lado al coronel Lagos que á medio despertar, se frotaba el cuello apresuradamente, como arrancándose algo prendido allí.

Encendimos el candil mientras el que dió la voz de ¡ase-

sinos! aseguraba que lo estaban matando y vimos, ¡Santo cielo! algo qué sólo puede verse en la posta de Don Diego.

Partiendo de aquel techo de telarañas de una edad cuaternaria, bajaba hasta nuestros recados un callejón de chinches monstruosas, enflaquecidas por el hambre y la necesidad.

Sin duda aquellas infelices no comían desde hacía dos mil años, y se nos habían afirmado en las canillas, pescuezos, manos y cuanta partícula corporal teníamos descubierta y vulnerable, con una fe materiana y las más cristianas intenciones de pegarse un hartazgo con nuestra inocente sangre.

Al ruido del fósforo y claridad de la luz aquellos millares de chinches, como jugadores que sorprende la policía y dan la voz de ¡sálvese quien pueda! echaron á disparar en todas direcciones, abandonando la apetitosa presa.

Allí se armó una formidable tormenta de ponchazos, pisotones y palos, que dejaron tendidos en aquel campo de sangría, más de dos millones de aquellos infames visitantes de sangre ajena.

—¡En cuánto á las que me hayan picado á mí, esclamó el inglés, poniendo en salvo sus ensangrentadas rodillas no es mala la tranca que habrán agarrado! ¡Han chupado ginebra!

Una carcajada alegre resonó entre aquella covacha espantable saludando la salida del inglés, mientras todos enrollábamos los recados para salir á dormir á fuera.

Fué entonces que nos hallamos verdaderamente entre la espada y la pared.

El Zonda nos había arrebatado los kepís, por pronta maniobra, amenazando hacer lo mismo con nuestros recados.

Y no era nada el Zonda sino un aguacerito menudo y taladrante, capaz de mojar la médula, á los dos minutos de recibirlo.

¿Qué hacer en tal descomunal apretura? Entregarle las ropas y los huesos al agua ganando el campo, ó entregarle la carne y sangre á las chinches ganando adentro.

Lo primero triunfó de lo segundo y ganando el campo los tres compañeros atamos un cuero de vaca que nos deparó la suerte, en dos algarrobos, guareciéndonos abajo.

Pero más tardamos en acurrucarnos abajo que el Zonda en arrebatárnoslo remontándolo como un barrilete, por las escarpadas alturas de aquella maldecida sierra.

Una esclamación alegre había respondido al grito de despecho con que saludamos la partida del cuero. ¡Moi rico! había dicho uno, ¡mucho mi gusta ser cinco Ourah! había agregado otro, ya no somos solos. A la luz de los relámpagos pudimos ver á los dos ingleses que habían atado una soga á un algarrobo, y estaban prendidos á ella para que no los arrebatara el Zonda.

Fué en medio de aquellos relámpagos formidables, de aquellas ráfagas de viento descomunal, de aquella lluvia que nos azotaba la cara flaqueándonos la nariz, que conocimos la historia presente de aquellos dos ingleses de sangre pura; que se habían acercado á nosotros todo lo que se lo permitía la soga de que se habían declarado garrapatas.

Era el uno un hombre moreno, de aspecto reposado y ademán interesante.

Se llamaba Ireloir y era minero de oro.

Venía á Buenos Aires en busca de maquinarias para las minas, que, llegadas de Londres, debían estarlo ya esperando en la aduana.

Ireloir era un hombre rico, había estado muchos años en el Brasil, esplotando una mina de brillantes que vendió al fin, viniendose á la Rioja, donde entonces era el único minero de oro.

Ireloir, como buen inglés, tenía una manía, no hubiera sido inglés sino la hubiera tenido.

No vendía una sola pepa de oro desde que estaba en la mina, porque se había dado á sí mismo su palabra de honor de no vender, hasta que no pudiera mandar, por lo menos, una tonelada de barras de oro.

Todo el oro que sacaba lo convertía en barrotes, de los que tenía una buena colección.

Ireloir no llevaba sobre sí alhaja alguna, que no fuera hecha con el oro de su mina.

Botones de pechera y de puños, aros de sortija entre los que figuraba el de un brillante espuntado, cadena y caja de reloj, todo era del oro finísimo de sus minas.

Hombre de mundo y buena ilustración, educadísimo y jovial, la conversación de este hombre era de las más interesantes.

Durante un cuarto de hora él nos hizo olvidar el soplo terrible del Zonda y el continuo azote de aquella agüita maldecido y penetrante que nos había calado ya hasta los huesos

Un trago de buen aguardiente de rom, puso punto pausal á los datos biográficos y galopantes que acababa de darnos, mientras forzajeaba para que el Zonda no lo arrancara de la soga y le jugara una mala pasada.

Su compañero era en todo el extremo opuesto. Era una especie de alfeñique parlante, una especie de una barra de lacre, más risueño que una cosquilla.

No he conservado el nombre de este inglés especial, porque se nombró sólo una vez durante el viaje.

Don Ricardo le decía su compañero, y por don Ricardo quedó fijo en nuestra memoria.

La risa más franca y juguetona no se apagaba jamás de aquella boca aristocrática y traviesa, donde á pesar de todo obsérvase una ligera expresión melancólica que aquella risa quería sin duda destruir.

Don Ricardo era un joven de familia distinguida que había venido á Buenos Aires á establecer una gran casa de comercio.

Su físico pobre, apurado por una vida demasiado alegre y borrascosa, no pudo resistir mucho, declarándose una tisis pulmonar que le obligó á mirar un poco por su salud.

Los médicos lo habían mandado á respirar el aire generoso y rico de las Sierras de Córdoba, y él en cuanto se sintió mejor, pegó un estirón hasta la Rioja, donde estaba su amigo Ireloir.

Y allí había pasado un par de meses alegremente, esperando la vuelta de su amigo para venir junto con él.

Don Ricardo, amante decidido de la República Argentina, se había acriollado de una manera completa.

Y era curioso oirlo hablar con las expresiones más picarescas y propias del criollo, saturadas de una media lengua inglesa capaz de hacer cosquillas en un cadáver.

El era de á caballo, enlazaba y boleaba, aunque se diera con las bolas en la coca, y usaba cuchillo, tocaba la guitarra y bailaba algo que él sostenía que era gato, pero que se parecía de la manera mas risueña al solo inglés.

Para que el viento no le arrebatara el sombrero, don Ricardo, se le había atado con un pañuelo de mano bajo la barba, lo que le daba nna expresión espantable.

Parecía una bruja escapada por el caño de una chimenea en noche de sábado, pero una bruja inglesa, infernalmente inglesa y satánica.

É Ireloir reía de una manera formidable al mirar á su compañero, asegurando que don Ricardo era el día más feliz que había pasado en su vida.

De cuando en cuando llegaban hasta nosotros ayes formidables, gritos de dolor y desesperación.

Eran los lamentos de los que, huyendo del Zonda y de la lluvia, se habían quedado adentro y en quienes las chinches asistían al más suntuoso banquete de su vida.

La lluvia y el Zonda fueron calmando, hasta que los ingleses pudieron abandonar su soga, sin peligro ya de ir á volar por los aires sin la menor voluntad.

Fué entonces que se acercaron á nosotros y cambiamos el más cordial apretón de manos.

Tendimos entonces los recados en hilera, don Ricardo puso de almohada la soga que les había servido de sostén, enrollada al efecto, y allí quedamos los cinco dormidos profundamente.

Conociendo lo que son necesidades, el mayor Herrera, soldado precavido y estudiantil había envuelto en el poncho el pedazo de cabrito que nos quedaba, y se lo había puesto de almohada.

De esta manera estaba seguro que nadie intentaría robárselo.

A la madrugada, Herrera se levantó como lanzado por un golpe eléctrico del recado, y sin más trámite sacó su espada: acababa de sentirse agarrar por los cabellos y aquella manera de proceder con un hombre que duerme, no es de las más tranquilizadoras.

Se lanza Herrera sobre aquel enemigo misterioso que tan furiosamente lo había *loncoteado* y no pudo contener una carcajada, volviendo el acero á la vaina de la manera más risueña.

Su enemigo desconocido no era otro que el perro del posadero ó puestero, que atraido por el olor del cabrito asado que Herrera tenía de almohada, se había prometido una panzada descomunal.

¡Moi rico! exclamó don Ricardo, en su frase favorita, ¡moi rico! y soltó una gran carcajada mientras se frotaba los ojos para ahuyentar de ellos los últimos vestigios del sueño.

El pobre perro recibió una paliza monumental y nosotros, arrollando los recados, nos preparamos á seguir viaje, á cabeza pelada, porque nuestros kepíes, como se sabe, arrebatados por el Zonda, habían ido á parar á Chile.

Cuando los dos ingleses supieron que nosotros seguíamos viaje á lomo de mula, hicieron bajar sus equipajes de la galera y se prepararon á hacer lo mismo, pidiendo para ellos mulas también.

Pero no estando provistos de recados, como nosotros, se hallaban en serias dificultades, porque en lo de Don Diego no había más que una sola montura y un solo freno, y ésta pertenecía á la mujer del ventero, si es que venta podía llamarse aquel pandemonium.

Entre los dos ingleses echaron á la suerte la mula ensillada, que tocó á Ireloir.

Es que yo tengo mucho suerte en el jamor, esclamó don Ricardo alegremente, por eso no tengo fortuna en la juega.

Y con una paciencia Jobiana, se puso á confeccionar el más curioso recado que puede verse.

Las bajeras eran cuatro camisas sucias que sacó de su valija y las caronas dos chelecos de igual procedencia.

Acomodó como bastos dos valijitas de mano, puso como blandura su poncho á dieciséis hojas, y todo esto lo cinchó con un pedazo de la enorme soga, que le había servido de sostén contra el Zonda.

A un freno que le prestó el marucho ató otros dos pedazos de la misma soga, y saltó sobre la mula con el mismo donaire y elegancia que había mostrado.

Napoleón á caballo después del triunfo de Ligni.

Y dió un par de riendas para mostrar la elegancia de

aquella mula tuberculosa, ataviada de una manera tan original y risueña.

Los equipajes iban en cargueros, una manera de poder pasar con ellos la Sierra de Don Diego, la espantable sierra de Don Diego, que empezamos á subir como una verdadera carabana de hormigas negras.

Aquellas maldecidas senditas apenas daban paso á una mula de frente, siendo tan empinadas que teníamos que prendernos de la crín para no salir por el anca.

Si el que iba en la punta se despeñaba, indudablemente arrastraba á todos los que ibamos detrás, haciéndonos rodar hasta el pie del abismo.

A la derecha de la senda, y á medio metro apenas, estaba la sierra cortada en una perpendicular vertiginosa, á la izquierda estaba el abismo, el abismo tremendo donde sonaba impetuosamente el torrente que venía de las vertientes y por cuya vorágine inmensa asomaba las colosales nazales atorrantes de aquellas cuencas, en busca de un puchito de luz, una ráfaga de aire.

El más ligero traspie de las mulas, la menor pisada falsa, las hacía despeñarse á la derecha ó á la izquierda.

El terror instintivo se apoderaba del espíritu, y se sentía el deseo de retroceder, de volver atrás.

¿Pero cómo hacerlo? La mula no tenía espacio suficiente para dar vuelta, y era preciso seguir adelante, fiado á su volutad perezosa y sin atreverse á hacer el menor movimiento para que no fuese á perder el equilibrio.

Y la mula seguía andando ó se paraba, como si supiera que nadie se había de atrever á apurar su marcha con la rodaja de la espuela.

Todos cerramos los ojos para no ver despedazarse al inglés entre los picos agudos y filosos de las piedras.

Pero la mula se sostuvo por un milagro de equilibrio y sentimos á don Ricardo esclamar en medio de su más alegre carcajada:

¡Moi rico! En cuanto lleguemos á tierra firme, te canto una canción y te pago una copa de ginebra.

La tranquilidad relativa volvió á los espíritus, y seguimos ascendiendo aquella verdadera *via crucis*.

Había momentos que el paso era tan estrecho é imposible, que creyéndonos más seguros sobre nuestros pies desmontábamos para seguir subiendo á gatas.

Pero el peligro se hacía mucho mayor entonces, y volvíamos á subir apresuradamente á la mula, comprendiendo que era mucho mejor fiarse en sus cascos.

Nos olvidábamos del más risueño detalle.

Don Ricardo viajaba con una guitarra á media espalda, y cada vez que su mula se paraba para tomar descanso ó para arrancar una mata de pasto, se acomodaba la guitarra y cantaba un par de coplas de lo más escalabrado que puede imaginarse.

Y aquella maldecida marcha ascendente no terminaba nunca.

El sol abrasador de la siesta caía á plomo sobre nosotros haciéndonos sudar la gota gorda, y aún no habíamos llegado á la mitad.

El hambre era estupenda; pero, ¿cómo bajarse á comer un bocado sino teníamos materialmente donde poner el pie?

Era imposible hacer otra cosa que seguir subiendo hasta llegar al término del viaje ó conformarse á dormir una siesta eterna en el fondo de los peñascos, si á alguna de las mulas se le antojaba perder el equilibrio.

A la caída de la tarde y cuando las sombras de la noche empezaban á hacer más difícil la marcha llegamos á una enorme piedra, especie de meseta espaciosa, donde los

cinco pudimos echar pie á tierra y respirar con fuerzas de Zonda en los pulmones.

Estábamos al fin en piso firme, sin peligro de despeñarnos y en la posibilidad de poder estirar los huesos en la más napolitana de todas las posiciones.

Apenas habíamos puesto el pie en el suelo cuando el mulo de Ireloir echó por esos peñascos de Dios, saltando córcobos infernales y en una carrera de que no se le hubiera creido capaz.

Tenía la cincha corrida hacia atrás, de manera que si hubiéramos tardado cinco minutos en llegar á la meseta al pobre Ireloir se lo habría llevado la trampa, porque golpe de la mula, en aquellas alturas, tenía que ser un golpe de muerte.

Don Ricardo con una flema estupenda, templó su guitarrita, sin ser el vencedor de don Gonzalo, y se puso á cantar el *crudo tucumano.*

¡Qué pronunciación! ¡Qué ritmo! ¡Qué cadencia endiablada y silbadora!

Cada verso era saludado con una tormenta de carcajadas y palmoteo, cuyo eco formibable iba sonando de cuenca en cuenca para ir á morir entre el estruendo de las aguas que se precipitaban con una elegancia suprema y con gigantesca pereza.

Y don Ricardo, estasiado ante el efecto descalabrante de su *crudo tucumano,* repitió los versos más deschavetados en un vértigo verdadero, degollando las cuerdas de la guitarra con unas uñas de tres meses de crecimiento.

Aquel *crudo tucumano* en medio de la Sierra de Don Diego, con el susto del averno entre el cuerpo y el gran julepe del descenso que nos faltaba, diez veces más peligroso, era digno de una medalla.

Y nos dormimos mecidos por los últimos arrullos de aquel canto originalísimo, y con cuidado de atarnos las riendas de la mula al tobillo para que no pudiera mover-

se sin ser sentida, pero con un nudo bastante débil como para que se deshiciera al menor tirón y no pudiéramos ser arrastrados en caso de disparar las mulas.

Quién sabe hasta que hora estaría cantando don Ricardo; lo que es nosotros, nos dormimos como bienaventurados ó mejor y más exacto, como cualquier persona que ha trepado la sierra de Don Diego en una mala mula y ha llegado por fin á la famosa meseta.

Á la madrugada, cuando despertamos y nos miramos á la cara, á ver si estábamos todos, si todos estábamos íntegros, echamos de menos al alegre don Ricardo.

No estaba él, ni su mula, ni su guitarra.

¿Qué podía haberle sucedido?

¿Se le habría disparado la mula, y se habría ido á agarrarla? Habría salido á recorrer aquella gran meseta ó habría tigres por allí, y alguno se le habría llevado con guitarra y mula, cosas que don Ricardo no hubiera soltado ni aun en el caso de ser llevado por un tigre.

No se aflijan ustedes, nos dijo Ireloir, don Ricardo, que es muy andariego y muy curioso, ha sentido anoche un balido y suponiendo que por aquí haya alguna población ha ido á dar un vistazo, porque habiendo población y animales volantes es natural que haya que comer.

Lo que hay es que don Ricardo que es muy caprichoso, no volverá hasta no haber encontrado la tal población.

¡Iremos á buscarle! esclamaron todos aguijoneados por la esperanza de un cabrito asado, iremos á buscarle.

Esta sería la manera más acertada de perdernos de él, observó Ireloir.

Vamos á esperarlo aquí y así no hay peligro que nos desencontremos; no ha de tardar en venir, porque la población no puede estar lejos, y él salió anoche en cuanto sintió el balido del carnero ó chivo.

Pero, ¿qué población puede haber aquí que no sea una población de águilas? preguntamos.

Sólo águilas podrían vivir en estas alturas tan escarpadas y hasta ahora no sabemos que las águilas tengan hacienda ni poblaciones.

Son muy frecuentes las poblaciones en medio de la sierra, nos dijo Lagos, en peores parajes que estos he hallado yo chozas y haciendas.

Se resolvió entonces por unanimidad de votos esperar á don Ricardo para no desencontrarnos con él; no podía tardar.

Efectivamente, apenas nos habíamos puesto á conversar para matar el tiempo, cuando sentimos una copla del crudo tucumano, en seco, copla que fué saludada por un verdadero estruendo de risas.

Siempre con la guitarra á media espalda, con su eterna risa y su expresión de John Bull estereotipada hasta en sus riendas de soga de pozo, don Ricardo venía exquisito.

Traía las mangas arremangadas hasta el hombro y llenas de una materia colorante como la sangre.

¿Había luchado con alguien? ¿Vendría herido? ¿Lo habían querido asesinar?

Este cúmulo de pensamientos empezaba á atorrar en nuestro cerebro, cuando don Ricardo dió vuelta á la sendita para bajar á la meseta y pudimos cerciorarnos de la verdad.

Sobre las ancas de la mula, atravesado y sujeto al original recado por la corbata de don Ricardo, venía un chivito degollado, degollado sin duda por el mismo don Ricardo, y era ésta la materia colorante que se veía en sus brazos.

—Oh! Guasintón, nos dijo, es un muchacho moi rico! aquí tenemos que almorzar.

Don Ricardo desmontó, apió su chivo y nos preparamos á asarlo, pero no había leña.

Pues vámonos allá, dijo don Ricardo, y mientras los arrieros buscarán leña para asar el chivo.

Aquella es una población, no de águilas como ustedes han pensado, sino de gente riojana, buena y hospitalaria.

Dejamos á los arrieros que asaran el chivo y nos fuimos á la población que, cual otro Gullivar, había descubierto don Ricardo.

Parecía imposible que en semejantes asperezas y precipios pudiera vivir gente.

Y allí, en el declive de otra meseta, más grande que aquella donde habíamos acampado había un rancho bastante grande y espacioso, donde vivía feliz una familia estanciera, compuesta de un matrimonio y un casal de hijos.

Apenas nos vió llegar la mujer, que tejía con su hija muchachona, á la puerta del rancho, se levantó y gritó con todos sus pulmones:

Guasintón! Guasintón!

Aquello quería decir nada menos que Wáshington, nombre con que había sido bautizado el joven cuidador de cabras.

Nos bajábamos ya á la puerta del rancho, cuando al sexto ¡Guasintón! de la mujer aquella, sentimos un golpe de hipo sobre los oídos: era la voz aserradora de Guasintón, que desde una grieta respondió:

Allá voy magre! no puedo apurarme porque mi duelen las patas! ia ti lo hi dicho!

Y semejante á una aparición de otro mundo, surgió Wáshington de entre las peñas, asomando por entre un matorral de pelos gruesos y espantables, una cara de sátiro cuasimodiano, capaz de aterrar al más valiente y despreocupado.

Guasintón era un muchachazo de unos veinte años,

metido en un paletó que parecía haber pertenecido en sus primeras edades á algún gigantazo y en unos pantalones que apenas le llegarían á la rodilla.

Aquel paletó y aquellos pantalones, eran el símbolo de la largueza más acabada, cubriendo á la más ruín tacañería.

Y Guasintón, rascándose las greñas con dos manos monstruosas y velludas, resbaló en el suelo sus pies hacia atrás en señal de saludo, y se metió adentro á sacar algo en que nos pudiéramos sentar.

El más cristiano asombro se apoderó de nosotros ante aparición tan infernal.

Pero siendo mucho mayor el hambre, bien pronto olvidamos á Guasintón para pensar en la comida.

Aquella buena gente, generosa y hospitalaria sobre toda exageración, nos puso por delante un montón de charquis de queso, y una paila de mazamorra de trigo con leche, á cuyo alrededor nos acomodamos.

La mazamorra estaba un poco agria; allá sólo se cocinaba una vez por semana y estábamos en viernes ya.

Así es que, aunque el hambre era de primera fuerza, cada cual plantó á las dos ó tres cucharadas, menos don Ricardo que se engulló media paila, diciendo su eterno: ¡moi rico! de cucharada á cucharada.

Aquello podía ser muy rico para envenenarse, pero parece que don Ricardo era antídoto de cuanta droga existe en el mundo.

Hasta el mismo olor, el mismo tufo que salía del rancho le había parecido tan ¡moi rico! que sacó el pañuelo de mano para que se perfumara.

Si la mazamorra fué desdeñada, en cambio las quesadillas fueron honradas con cada mordiscón de á libra.

Los arrieros vinieron al fin con el cabro asado, y aquello tomó todo el aire de un suntuoso banquete.

Aquella buena gente no carneaba un cabro para comer, aunque pereciera de necesidad.

Sangraban á los chivos más gordos para hacer morcillas y vivían con las pocas que podían preparar.

Así es que, ante la perspectiva de un cabro asado que otro les había pagado, saltaron alegremente, bajo los gritos de Guasintón que exclamaba:

¡Si me dejan, me voy á enyenar hasta que reviente! ¿Vamos ja comer magre?

¡Moi rico! exclamó don Ricardo, y sentándose al lado de la muchacha que se llamaba Alberta Jesusa, partió el cabro en tantos pedazos como comientes había, sabia precaución, porque si dejan operar á Wáshington, hubiera salido matando con el chivo al hombro y no hubiéramos visto un bocado.

Como nosotros habíamos comido ya charquis de queso hasta «enllenarnos» poco comimos del cabro.

Pero Guasintón, Jesusa y la magre se encargaron de hacer desaparecer cuanto habíamos dejado, al extremo que, media hora después, nadie hubiera sospechado que allí había existido un cabro.

No había quedado la menor partícula de carne adherida á los huesos, y éstos mismos, estaban mascados en todas sus puntas blandas, de modo que no se hubiera podido distinguir una paleta de una canilla.

Quisimos beber, después de haber comido; ¡pero aquí fué Troya!

No había más que una agua verdosa y nauseabunda, estancanda en el barril de consumo desde hacía tres meses.

Le mezclamos un poco de agrio de naranja y azúcar, pero entonces el brevaje se convirtió en una droga inmunda y emética.

Sólo don Ricardo tuvo las suficientes agallas de echarse un jarro al buche, después de haberlo desinfectado, según dijo, con un poco de aguardiente de uva, y exclamado: ¡oh! rico ¡moi rico!

Después de haber comido y descansado un poco, nos preparamos á seguir viaje.

Desde allí teníamos que subir un poco más para buscar la pendiente más suave y empezar en seguida el descenso de la dichosa Sierra de Don Diego.

Agradecimos la hospitalidad generosa con un boliviano cuya posesión hizo desmayar á Alberto y voleamos la pierna sobre el lomo de la mula.

Pero fué allí que nos detuvo como una mano, la voz formidable de don Ricardo, que con su acento más risueño y asombrado gritaba:

¡Oh! ¡moi rico! ¡rico, rico! riquísimo.

Seguimos la dirección de su mirada atónita y nos hallamos con un cuadro el más descalabrado que pueda imaginarse el sér más deschavetado.

Por la misma sendita que íbamos á entrar, descendía un fraile como no habíamos visto otro en nuestra vida.

Aquel fraile, más gordo que el mismo Martín Fierro y más colorado que un cangrejo cocido, montaba una mula formidable, enjaezada con un chapián que hubiera envidiado el gaucho más paquete.

Aquel fraile, además de la carga que se veía en el mulo que montaba, traía de tiro otra mula cargada hasta parecer un enorme camello.

El fraile aquel venía arreando paternalmente una tropilla de animales de toda especie.

Allí venían chivos, cabras, mulas, pavos, carneros, guanacos y hasta una vaca.

Todo aquel fraile respiraba una felicidad suprema, la felicidad de la gula satisfecha en todas sus aspiraciones.

Un espléndido rebenque de cabo de plata colgaba de su muñeca derecha y su tirador, puesto sobre los hábitos mismos, debía estar relleno de moneda á juzgar por el enorme volumen de sus bolsillos.

Todos desmontamos picados por la más justa curiosidad, deseando averiguar qué diablos podía significar aquel fraile, ataviado de semejante manera y con semejante arreo.

La paz de Dios sea con ustedes, esclamó el fraile echando pie á tierra y dando las riendas del mulo á Guasintón, que al tomárselas se arrodilló y le besó la mano y los hábitos.

Nosotros nos decidimos á no movernos de allí hasta no haber averiguado lo que aquello significaba, aunque conocimos que nuestra presencia sentaba á su paternidad como un puñetazo en la boca del estómago.

Su paternidad se sentó en medio de la adoración de aquella gente, y se puso á comer quesadillas y mazamorra como si trajera un hambre de cuatro días.

Y mientras engullía, nos miraba con un ojo desconfiado y curioso.

La presencia de militares por aquellas alturas, no era muy tranquilizadora que digamos, y el buen fraile temía sin duda alguna broma inocente, pero que le hiciera perder algo de la importancia divina que se daba ante aquella gente inocente y sencilla.

Sin embargo, comió y bebió por veintisiete, metiéndose adentro en seguida á dormir la más morruda siesta que hayan descansado matambres humanos.

Poco después resonaba en las cuencas y abismos, el eco formidable de sus ronquidos.

Guasintón había quedado encargado de arreo y car-

gueros que hubiera defendido ferozmente ante la más ligera agresión.

¡Demasiado sabía el fraile á quien confiaba sus intereses!

Aliada del fraile, por la misma enormidad que éste les hacía tragar, aquella buena gente no refería nada que fuese en su contra.

Era entonces preciso proceder con mucha cautela, si queríamos dar con la causa de aquella aparición original, de aquel fraile con chapián de plata y llevando un arreo tan extraño y donde figuraba desde la vaca hasta el pavo.

El tal Wáshington era tan tonto, que sería inútil preguntarle nada.

Se decidió interrogar á la magre, pero con la mayor habilidad para que no fuese á creer que tratábamos de jugarle alguna mala pasada, en cuyo caso habría sido capaz de despertarlo para prevenírselo y entonces adios esperanzas de averiguación.

Llamamos á la buena mujer, y con mucha mansedumbre le preguntamos quien era aquel santísimo varón.

Es fray Macario, nos respondió, un santo que anda de rancho en rancho haciendo todo el bien que puede.

¿Qué lindo traje que lleva, eh?

—Cómo no, eso se lo han regalado como todo lo que tiene, porque fray Macario es muy pobre y no tiene nada que no sea regalado.

¡Pobre hombre! esclamamos, ¡va á ganar el cielo!

—¡Y cómo no lo ha de ganar, si es un santo!

—¿Y qué anda haciendo el santo varón por estas alturas? ¡Mucho deben quererlo ustedes cuando lo tratan con tanta cofianza!

—¡Y cómo no! este es el tiempo en que fray Macario viene todos los años para la colecta.

—¿Y qué es la colecta? preguntamos, comprendiendo ya en la frase lo que aquello podría ser.

—¡Oh! ¡la colecta es una cosa santa! nos respondió la mujer, y nos dió en seguida la curiosa explicación que vamos á narrar:

Todos los años y en la época de la primavera, salen los frailes á la colecta, es decir, á recoger todo lo que buenamente se les quiere dar y todo lo que puedan sacar con la venta de escapularios, rosarios y demás pinzas de sacar dinero.

Y con este objeto se recorren toda la provincia, de población en población, sin dejar de visitar el rancho más miserable.

Durante esta recorrida general, y según las gentes lo necesitan ó no, va bautizando, casando, confirmando, confesando y demás cosas del oficio.

—Y fray Macario es tan bueno, tan santo, agregaba la mujer, que jamás cobra nada por este trabajo.

Cada uno le da lo que buenamente quiere y tiene, que él recibe con la mejor voluntad.

El que tiene plata, le da plata; el que no le da lo que tiene: una vaquita, un cabro, un pavo, una gallina, un poncho, un par de riendas, lo que puede, en fin.

—¿Y él que no le dá nada?

—Esto no sucede nunca, ¿quién se va á negar á partir su miseria con el enviado de Dios? ¡Se condenaría vivo!

Todos damos, juntamos dinero todo el año para tenerlo en el tiempo de la colecta y añadimos siempre el mejor animal de la hacienda y la mejor prenda de la casa.

Ese arreo que lleva fray Macario, es compuesto de todas las dádivas que va recibiendo de los que no tienen más, por eso es que van animales de toda clase.

Ahora no es nada, pero cuando llegue á la Rioja irá muy aumentadito.

Aquellos dos cabros muy gordazos que se ven allí, son los que nosotros le tenemos preparados para el regalo.

Es de lo que vive el pobre, sin la colecta, moriría de necesidades y de miseria.

Todo aquello, según supimos después, era rigorosamente exacto.

Fray Macario, como los demás frailes, salía todos los años á la colecta, sacando á aquellos seres miserables y hambrientos, cuanto le era posible.

El que no tenía sino animales, les daba animales, y el que sólo tenía quesadillas, les daba quesadillas, la cuestión era darle de lo que tenían para que no les negara la bendición.

Así es que cuando estos frailes llegaban á su casa, venían llenos de dinero y cargados de regalos de todo género, que vendían después á buenos precios, porque siendo cosas benditas valían mucho más.

Un chivo ó una cabra bendita, por ejemplo, valían veinte veces más que una que no lo era, porque tenían la virtud de reproducirse con una rapidez maravillosa.

Así aquella pobre gente ignorante, era capaz de privarse de aquello más necesario á la vida, para tener que dar al fraile en la época de la colecta; de otro modo no hubieran vivido nunca tranquilos, creyendo que en castigo Dios les iba á mandar morir cuanta hacienda tenían y hacerlos desgraciados para siempre

---

Aún nos dába la mujer sus curiosas explicaciones, cuando fray Macario despertó en medio de un ronquido descomunal y se puso de pie.

Me voy, dijo, no quiero que me agarre la noche en el camino.

Sin duda su paternidad desconfiaba de nosotros y quería irse, ó hacernos creer que se iba inmediatamente.

Entonces don Ricardo, dando á su rostro la expresión

beatífica de un anacoreta, se acercó á Macario, sombrero en mano, y le pidió su bendición, mientras le ofrecía un trago de aguardiente de uva.

Tengo también conmigo, dijo Macario, pero Dios me libre de desairar á nadie.

Y se tomó un trago que dejó agonizando la caramañola.

Esto fué la piedra de toque de su paternidad, que viendo en nosotros los felices propietarios de una damajuana y de caramañolas llenas, se nos acercó y empezamos á conversar como los más antiguos amigos de este mundo.

Los tragos de aguardiente se repitieron hasta reducir á cadáveres las caramañolas de los dos ingleses.

El fraile miraba las nuestras con ojos lucientes de codicia; pero ninguno de nosotros estaba dispuesto á darle el menor trago ni á dejarnos babosear el gollete de la caramañola.

Templadito con el contenido de la de los ingleses y en la esperanza de seducirnos, Macario sacó un naipe que dijo estar bendito, y nos desafió á un partidito.

Militares corridos, creíamos dar un susto á Macario, cuya cabeza no estaba muy firme, pero el cálculo nos salió al revés, porque á haber seguido jugando, el fraile nos hubiera ganado hasta las mulas.

¡Cómo manejaba los naipes y con qué ligereza corría de á dos cartas juntas!

Fué preciso darnos por vencidos, después de haber perdido unos cuantos bolivianos y declarar que no jugábamos más.

Macario empezó á seducirnos entonces para que jugaramos la damajuana de vino que llevábamos en el carguero, con todos los halagos imaginables.

Pero en la seguridad que nos iba á ganar y no queriendo provocar conflicto alguno, no quisimos aceptar el reto, pidiéndole cortésmente mil perdones.

Agotado el repertorio de las rogativas, Macario em-

pezó á ofrecernos ventajas de todo género que no fueron aceptadas.

Sin duda con la cabeza algo turbada por el aguardiente de los ingleses que se retorcían de risa, nos intimó en nombre de Dios que jugáramos la damajuana, intimación que fué desobedecida inmediatamente.

Entonces Macario poniéndose de pie y enarbolando el rebenque nos echó la más formidable de las pastorales que haya producido el más clásico demente, concluyendo con la excomunión mayor.

—Tendrán ochenta días de indulgencia, indulgencia plenaria, agregó haciendo girar ferozmente los ojos entre las órbitas, los que juegan su damajuana de vino, rezando siete rosarios: pronto herejes.

Por más que queríamos hacerlo, para no irritar á aquel loco, no pudimos aguantar la risa y estallamos en una carcajada descomunal.

Macario se alteró de tal manera, que mientras se acomodaba á la segunda y más tremenda pastoral, echó mano á la cintura.

Fué preciso mostrarle terminantemente la diferencia que había en nuestros hábitos para hacerlo renunciar á la lucha.

El de usted, amigo Macario, es símbolo de paciencia y sufrimiento, dijimos; el nuestro es de soberbia y de guerra.

Cada cual en su sotana y tengamos la fiesta en paz.

Macario retiró la mano de la cintura, pero la emprendió contra nosotros con un rosario de pastorales, que seducido por ellas Guasintón, empezó á juntar piedras y como aquellos diablos de montaraces son tremendos para la piegra, decidimos montar á caballo y seguir viaje para evitar un conflicto.

De otro modo habríamos tenido que tomar medidas poco cristianas, en honor de nuestra integridad corporal.

¡Rico! ¡oh! ¡moi rico! gritaba don Ricardo descalabrándose de risa mientras saltábamos á caballo, ó mejor dicho á mula, y mientras en los huecos de la sierra iba muriendo el eco de las pastorales de Macario.

Al salir de la meseta y entrar á la sendita que teníamos que seguir, sentimos la voz de Macario que, convencido del poco efecto de sus pastorales, nos gritaba:

—¡Indulgencia plenaria! tendrán indulgencia plenaria todos los que dejen en las sendas de Don Diego una damajuana de vino.

Pero aquello fué predicar en sierra, que es peor que predicar en desierto; las insinuaciones de Macario no le valieron más que una estrofa del Crudo Tucumano, que cantó don Ricardo con su intención picaresca.

Ascendimos lo poco que nos faltaba, y empezamos á descender la sierra por una estrecha sendita de la izquierda.

¡Demonio! si la salida del día anterior había sido terrible, aquella bajada era mil veces peor.

Las mulas, al descender aquella pendiente rapidísima, parecía que ya se iban á ir de cabeza porque les iba á faltar donde asegurar las manos.

Si antes habíamos tenido que prendernos de la cabeza del recado para no salir por el anca, ahora teníamos que prendernos de la cola para no salir por la cabeza, porque ya íbamos gineteando sobre el pescuezo.

Si el que iba adelante amenazaba antes arrastrarnos al abismo si llegaba á caer, ahora llevábamos la misma amenaza en los cargeros que venían detrás de nosotros.

Las mulas caminaban con una atención inteligente, buscando en las piedras el mejor punto de apoyo para sus vasos.

El menor accidente, el menor movimiento brusco nos hubiera lanzado al abismo.

De pronto oimos un alarido formidable y sentimos el

golpe de un cuerpo que, rodando de piedra en piedra, cayó pesadamente al fondo del abismo.

Qué es eso, gritamos al arriero que venía detrás; para por la falta de respuesta ó por la respuesta, saber si era él el que había caído.

No era el pobre paisano; era un mulo carguero que había perdido pie y felizmente había caido de lado, hacia el abismo.

Aquella era positivamente una felicidad, porque si el pobre mulo, en vez de caer de lado cae hacia adelante, nos hubiera arrastrado á todos, y como rastro nuestro no hubiera quedado allí más que una enorme tortilla de huesos; hombres, mulas, uniformes y guitarra, no faltando quien hubiera creído que todo àquello no era sino efecto de las pastorales de Macario.

Felizmente, pues, el mulo rodó de lado y él sólo fué el que se hizo tortilla, junto con los barriles del mejor vino de Álvarez que formaba aquel carguero.

Á medida que bajábamos el peligro se hacía más inminente porque la pendiente era mucho más rápida.

Y era curioso ver como las mulas tanteaban antes de asentar el casco en el terreno, para asegurarse que el paso dado no podía ocasionarles una caída.

Habría momentos en que el peligro era tan inminente que sintiendo vacilar á las mulas é irse ya de narices, queríamos bajarnos y seguir á pie, prendidos de los árboles y matas que se levantaban de entre las piedras.

¿Pero quién se atrevía á intentarlo en aquella posición de declive tan peligrosa?

Habríamos rodado al abismo sin la menor duda.

Las mulas iban siempre sobre aquella maldita y estrecha senda, sólo distante medio metro del precipicio.

Tan convencidos estaban los animales que nadie se había de atrever á apurarlos, que se paraban largos ratos, siguiendo la lenta marcha cuando mejor les parecía.

Aquello era desesperante, pero no había otro remedio; era necesario tener paciencia y esperar que las mulas llegaran al fin de la jornada sin la menor violencia.

Había momentos en que la sendita era tan empinada que teníamos que echarnos de espaldas sobre la mula y aún apoyarle los pies en la cabeza, para no salir por las orejas.

Ya más acostumbrados á la impresión y á la seguridad con que marchaban las mulas, la cosa no nos hacía tanta impresión, y mirábamos alegremente el abismo, toreando al eco con nuestros gritos y cantos.

Á don Ricardo no le paraba un momento el pico; en su media lengua decía cada desatino que nos hacía reir estruendosamente; y él, en su entusiasmo, llegaba hasta improvisar versos exquisitos sobre temas que él mismo se daba.

Por fin llegamos á la falda de la sierra en estado de completa integridad corporal.

Con qué alto refocilamiento dimos la espalda á la maldita sierra, que habíamos subido y bajado con un jabón de siete mil diablos.

De buena gana nos hubiéramos detenido á echarle un discurso sombrío, pero era muy tarde, la noche había cerrado completamente, y era necesario buscar donde pasarlo con una comodidad relativa.

A corta distancia de aquí, hay una población bastante buena, nos dijo el arriero, donde siempre tienen que comer.

Empieza á lloviznar y me parece que vamos á tener agua por castigo.

Lo que más nos impresionó del discurso del arriero, fué la parte que se refería á la comida, porque el aire de la sierra nos había abierto un apetito formidable.

Don Ricardo, repitió diez ó doce veces su eterno ¡moi rico! Se colocó al lado del arriero y rompieron su marcha.

al compás de un paso doble, que el insigne inglés cantaba imitando el sonido de un instrumento de cobre.

Poco después llegábamos á una población grande delante de la cual se apeaba don Ricardo á cantar el Crudo Tucumano, en señal de alto y profundo refocilamiento.

El arriero, que conocía á los que allí vivían, se metió adentro para despertar á los dueños de casa y pedirles el permiso necesario. Dándolo estábamos salvados, tendríamos techo donde guarecernos de la lluvia, y algo con que engañar las tripas.

Aquella población estaba habitada por sus dueños, un viejo y un par de viejas que no parecían cosa de este siglo, y los peones que tenían para trabajar en las haciendas.

Nos abrieron una especie de galpón y allí nos hicieron entrar trayéndonos poco después una braserada de fuego y unas cuantas mantas de charqui de cabra.

Las mismas viejitas, á pesar de sus noventa años, vinieron ellas mismas á ponernos en posesión del alojamiento y á decirnos que si precisábamos algo más, no teníamos sino pedirlo, que todo allí estaba á nuestra disposición.

Don Ricardo les agradeció en son de milonga la generosidad de su proceder, y exclamando: Jesús, que rubio tan bonito, «parece un frailito», se fueron á seguir su interrumpido sueño.

En aquellas buenas gentes era tal el fanatismo religioso antes, que como un elogio estupendo decían aquello de «parece un frailito», ponderando la belleza de una persona.

Aquel elogio sentó á don Ricardo como un puñetazo en la boca del estómago, pero el olor del charqui que empezaba á asarse, le hizo olvidar bien pronto la mala impresión del elogio.

Y todos rodeamos el brasero con una expresión de infinita angurria.

Apenas le dimos tiempo al charqui se recalentara; pero era un charqui tan viejo que no había diente capaz de romperlo, teniendo que resignarse á chuparlo para que se ablandase y poderlo partir.

Estábamos en lo mejor de la ocupación, cuando el mayor Herrera dió un brinco formidable y blandió el charqui como un garrote.

Un buen trozo de adobón se había desprendido del techo y caído sobre la cabeza del mayor, que dió aquel brinco creyendo que aquello fuera una pedrada que le habían tirado.

Un segundo adobón que vino á caer sobre Ireloir vino á tranquilizar á Herrera, pero no á nosotros que vimos en ello un nuevo peligro.

Que se nos cayera encima el techo de aquel gran galpón, haciendo con nosotros otras tantas ollas.

Pero los adobones no siguieron cayendo, la tranquilidad volvió á nosotros y nosotros á ablandar el charqui á fuerza de chuparlo.

Después de una jornada como la que habíamos hecho, sierra abajo, los cuerpos pedían un poco de reposo, empezando á buscar el paraje más seguro contra desplomes para tender el recado.

Pero nos hallamos con que no era necesario recurrir á aquel suelo tuberculoso para descansar los matambres.

En aquel galpón había tres enormes y matrimoniales cujas, con comodidad para cuatro personas por cuja.

No podía pedirse más, pues las cujas estaban con sus correspondientes cobijas y pertrechos de echar un mimado sueño.

Mientras charqueábamos, una especie de santiagueño encantado habia tendido las cujas, dejándolas en las condiciones más acostables de este mundo.

Una de las cujas era tan alta, que había que subir á ella por escalera.

Esto tocó en suerte al mas ágil de los cinco, que en menos de un periquete estuvo encaramado sobre sus colchones de oblea.

Los otros cuatro se acostaron por yuntas en las otras dos camas, sin la menor dificultad, puesto que eran camas, pero de familia.

Don Ricardo, en previsión de tener que celebrar algún acontecimiento con una copla, puso su guitarra en la mano y como tabique divisorio entre él y Mr. Ireloir, su compañero de cuja.

Y después de mil comentarios graciosísimos sobre las viejas, el charqui, el desplome y las cujas, apagamos los candiles y poco después roncábamos plácidamente, orquestación de todo sueño profundo y tranquilo.

No habían pasado cinco minutos cuando todos despertamos sobresaltados y buscando cada cual á tientas el arma que había dejado al alcance de la mano.

En la cama alta debía tener lugar una escena de muerte, porque los quejidos que de ella salían, eran quejidos de dolor y de agonía.

Ó el habitante de la alta cama estaba soñando, ó era víctima de algún horrible asesinato, no había duda.

¿Qué es eso? Preguntamos todos buscando tirarnos de la cama al suelo; ¿qué sucede, compañero?

¿Qué ha de suceder sino que me están carneando? Respondió en un sollozo supremo la voz de aquella víctima, son las chinches de Don Diego reproducidas en esta cuja hasta el infinito, y con un hambre formidable.

Lo peor es que no doy con la silla por donde subí, y ya me han sacado como tres onzas de sangre.

De pronto se dejó oir un ruido tremendo, algo como un aparador caído al suelo y un infernal estrépito de lozas y cristales que se hacían pedazos.

¿Qué podía haber sucedido?

En un momento nos hallábamos en el suelo rascando un fósforo para alumbrar la escena, al mismo tiempo que aparecían los habitantes de la casa candil en mano.

La escena que alumbraban los candiles no podia ser más cómica.

Lagos, de pie sobre la alta cama, se defendía á almohadazos de millones de chinches que lo acometían de todos lados.

Debajo de la otra cama se veia á la yunta de ingleses, confundidos en un montón de tablas, lozas rotas, cobijas y cristales.

Don Ricardo, haciendo un esfuerzo para bajarse de la cuja había hecho caer las tablas que formaban el lecho, cayendo también él, Ireloir y la guitarra tabique.

Debajo de la cama había un depósito de platos, fuentes, vasos y demás adminículos de loza y porcelana, sobre los que habían caido los ingleses haciéndolos mil pedazos.

El conflicto no podía ser mayor ni más risueño.

Aquella actitud de matador de chinches y aquellos dos sepultados por un torrente de loza no podía ser más cómica, al extremo de que las mismas viejas, que acudían poco después, á pesar de ser ellas las perjudicadas, no pudieron contener la risa.

Para evitar contratiempos y disgustos, á pesar de lo poco financiero del trago, ofrecimos pagar sobre tablas los destrozos causados, pero aquella buena gente no nos quiso aceptar un centavo.

Y no hubo forma ni rogativa capaz de hacerles decir cuanto les debíamos, cuanto valía lo roto.

Y fué preciso guardar silencio sobre la cuestión paga, porque una de las ancianas nos manifestó que si insistíamos se iban á enojar de veras.

Con semejante invasión de chinches era inútil pre-

tender dormir y nos resignamos á pasar la noche en vela.

Las mismas viejas nos ayudaron á matar aquella noche inolvidable, en la que don Ricardo agotó todo el famoso repertorio de sus canciones.

Á la madrugada ensillamos las mulas y nos preparamos á seguir viaje.

Fué entonces que tuve la explicación de ciertas atenciones especialísimas que me había prodigado una de las viejas.

Al despedirme, agradeciendo todas las bondades de que habíamos sido objeto, la buena vieja dijo que quería pedir un servicio de la mayor importancia, y el servicio era nada menos que el regalo del látigo de martillo que llevaba en la mano.

Aquel era un compromiso de todos los diablos, porque el látigo nos hacía falta para el resto del viaje.

Pero, ¿cómo negar un látigo de martillo á gente que había sido tan fina y generosa?

Sí, joven, dijo la buena vieja, es preciso que me regale ese bastón, para ponérselo á San Roque, que no tiene más que un palo de algarrobo.

Era imposible negarse al pedido, y le dí el látigo como le hubiera dado cualquier otra cosa.

Gracias, mi hijo, esclamó la vieja en el colmo de la felicidad de verse dueña del látigo.

Qué contento se va á poner San Roque con un bastón tan paquete.

¡Sois tan bueno, mi hijo, que parecéis un frailito!

Y con una agilidad que nadie hubiera sospechado en su avanzada edad, se alejó de nosotros alegremente.

Sin duda iba á colocar el látigo en manos de San Roque, como el más soberbio lujo á que el santo podía aspirar en su vida.

Jamás se sospechó que un santo llegara á poseer una alhaja de tanto mérito y valor.

Desde allí emprendimos marcha para San Pedro, estación donde debíamos dejar las mulas para tomar el tren á Córdoba.

El recuerdo de aquella noche esquisita era una eterna cosquilla.

La catadura espantable de aquellas viejas no se nos borraba un momento de la imaginación, y el hundimiento de don Ricardo é Ireloir entre la loza despedazada nos hacía reir como locos.

No podía darse nada mas cómico, y á cada momento que pasaba venía á añadirse un nuevo detalle que aumentaba nuestra hilaridad.

Don Ricardo levantaba su pantalón para mostrar tres enormes mataduras que surcaban su canilla derecha, mientras Ireloir pidió le curaran un poco un tajo que le molestaba tanto que no podía estar á caballo con la comodidad que hubiera deseado.

El pobre había caído de espalda sobre la loza rota y las consecuencias habían sido desastrosas.

Las cachirles que habían sufrido el ataque de las chinches habían quedado en tal estado, que parecían brotadas de viruela, no habiendo ya uña que diera abasto para la rasquiña que debía de calmar la picazón.

Riendo unos y rascándose otros, quejándose aquellos y don Ricardo cantando impasiblemente un Crudo Tucumano, seguimos nuestra penosa marcha hasta San Pedro, fin y remate de nuestras peripecias, donde llegamos á la tarde, muertos de sueño, de hambre, calor y fatiga.

Allí era donde nos esperaba la escena más risueña de

todo aquel asendereado viaje, y que reproducimos sin alterar uno solo de sus cómicos y fabulosos detalles.

En momentos en que nosotros llegábamos á la estación de San Pedro, se acababa de producir un conflicto entre un italiano telegrafista y un joven catamarqueño empleado en un almacén de enfrente.

El italiano era un hombre de regular estatura, de fisonomía franca y risueña, delgadito y con todo el aspecto de un hombre educado.

Hacía un par de meses que estaba como telegrafista de San Pedro y no hablaba del español más que unas cuantas palabras que no había santiagueño capaz de entendérselas, así como no podía entender, aunque pusiera toda la atención posible, lo que él llamaba un idioma lírico.

—Es particular, solía decir, cuando escriben yo lo leo y entiendo todo; cuando cantan, porque aquí no hablan, no puedo entender una palabra.

Su contrincante el catamarqueño era un mocetón que parecía tener unas fuerzas de Hércules, aunque su fisonomía jovial apenas acusaba veinte años.

De gran tamaño, con cada puño como una cabeza de ternero y cada brazo de atleta, el amigo catamarqueño amenazaba deslomar un buey si se le dormía con semejante maza de armas.

Estos eran los dos enemigos que, amenazando matarse, estaban frente á frente cuanto nosotros llegamos.

En la fisonomía del italiano estaba dibujada la fuerza de resolución que acompaña á los caracteres mas firmes, tenía la convicción de la razón que le asistía, y se hubiera dejado matar veinte veces antes que aflojar.

El catamarqueño, plenamente convencido de su superioridad y que no tenía más que alzar una mano para aplastar á su contrario, sonreía desdeñosamente y al hablar se llevaba por delante con el pecho al italiano, que

giraba en semicírculos para evitar el ser pechado, pero sin retroceder.

Y ambos se prodigaban insultos que hacían hervir la sangre al más indiferente.

En la puerta del almacén de que era dependiente el catamarqueño, se habían amotinado sus partidarios, que lo ayudaban en sus injurias contra el italiano, gritándole que le daría azotes para que no fuera tan pícaro.

Al rededor de los antagonistas había un círculo como de doscientos desocupados, ávidos de verlos pelear y chumándolos de todos modos.

Aquello no era noble ni digno; todos se ensañaban contra aquel hombre solo, bien digno de respeto aunque no fuera más que por el valor con que afrontaba una situación tan desesperante.

Según pudimos colegir por las palabras que cambiaban sin entenderse, el italiano acusaba al catamarqueño de haberle robado una clave telegráfica, con la intención de aprender la telegrafía, y desalojarlo de su empleo mediante sus relaciones.

El catamarqueño impasible al hecho, asegurando que el italiano estaba borracho, y que por esta causa le iba á romper él hasta la última muela de la boca.

El italiano impasible sigue girando siempre al rededor del catamarqueño que avanza, y el círculo de curiosos se estrechaba mas todavía, porque creen que ha llegado el momento de la lucha.

Es que ya han sonado palabras como botes de lanza, é injurias que azotan el rostro como una bofetada.

No hay que mezquinarle el mal rato y es preciso hacer pata ancha.

Don Ricardo, soltando su más desaforado ¡moi rico! avanza hasta el círculo frotándose las manos.

Todos seguimos á don Ricardo y la lucha empieza formidable.

Un sentimiento imposible de reprimir nos empuja al lado de aquel buen italiano, que soltando su más expresivo ¡dio cane! y sin esperar auxilio de ningun género afrontaba una situación que habría encogido el corazón más bien templado.

Llegamos al lado del bravo italiano que había recibido un puñetazo de primera fuerza, cuando los curiosos, movidos por un sentimiento de terror, despejaban el campo, dejando solos al italiano y al catamarqueño, hechos una trenza de á ocho.

Acababa de presentarse la justicia de San Pedro en el campo de batalla, que, avisada por una mujer, acudía á marchas forzadas.

El que no haya visto la justicia de San Pedro, no tiene idea de lo que son las cusquillas.

En primer término, venía el Juez de Paz, un señor santiagueño vestido con botas, chiripá y levitón, cubriendo aquel lado asendereado y cosquilloso, un sombrero legítimo de panza de burro.

A su cintura, sujeta por diversos tientos y piolines, se veía una espada descomunal, cuyos gavilanes enmohecidos y descalabrados acusaban una edad cuaternaria, un par de pistolas de fulminante, un garrote colgado por una dragona de cuero de vaca.

En su mano derecha se veía un rebenque de cabo de plata, que pesaría unas diez libras, y sus enormes espuelas abrían un surco profundo sobre la arena húmeda.

Este era el Juez de San Pedro, la autoridad suprema, que aplicaba una garroteadura con la macana de tala á quien le daba la gana, y metía en el cepo de cabeza al que se permitía responderle en un tono que á él le pareciera irrespetuoso.

Esta era la autoridad suprema cuyas sentencias no eran aplicables ante Dios, y que venía á entender en aquel contundente litigio.

El tal Juez de Paz de San Pedro, á pesar del modo tremendo de sus procederes, parecía que no había logrado nunca hacer estar en paz al peine con los pelos de su barba, barba que era un grande y formidable enredo de pelos sucios y larguísimos, donde jamás había pasado agua, jabón y peine.

Detrás de su oreja derecha se veía un pucho de hoja durmiendo la más perezosa de las siestas y como complemento á su traje único, dos cintas que fueron azules allá en sus mocedades que le servían de ligas, haciendo juego con la que rodeaba el sombrero.

Detrás del Juez de Paz y como poder ejecutivo encargado de hacer cumplir sus sentencias fabulosas, marchaba la fuerza pública.

Esta tal fuerza pública sería digna de cualquier museo de curiosidades.

Era ésta compuesta por dos soldados, cuyo único distintivo de tales era el arma que llevaban; fusil de chispa uno, que hacía por lo menos medio siglo que ni se usaba ni se limpiaba, y sable el otro, sable enorme y curvo, que dejaba en pañales en cuanto á edad, al mismo que se veía en la cintura del Juez de Paz.

El tal sable era conducido al hombro, sin vaina alguna, aunque bastaba para hacer veces de tal, la capa estupenda de orín que cubría su hoja.

Los dos soldados vestían un traje de Adán, algo modificado por los desperdicios de una civilización imposible.

Los pies y piernas no tenían más medias y calzado que una capa de algo parecido á barro seco, un chiripá de algo que fué poncho y usanza de panadero, rodeaba la cintura cayendo hasta la rodilla; uno de ellos tenía un largo saco puesto á raíz de las carnes, y todo el vestuario, camisa,

chaleco y demás prendas del otro, se reducía á una levita que le faltaban los faldones.

Uno de ellos cubría sus largas y enredadas mechas con la copa de un sombrero cuyas alas hacía muchos años lo abandonaron.

El otro sólo mostraba el matorral espeso de sus pelos gruesos y sucios, matorral donde sin la menor dificultad podía haberse ocultado un par de perdices.

Aquellos dos soldados, atento á lo que hacía el Juez de Paz, marchaban á seis varas detrás de éste, con toda la gravedad de un guardia imperial.

El Juez de Paz avanzó hasta donde estaban los batalladores y se les paró por delante, envolviéndolos en una mirada de frenética expresión.

Los dos soldados se detuvieron siempre á seis varas de distancia, el del fusil apoyó éste en uno de los árboles, el otro clavó su sable en el suelo, como quien clava un asador, y abandonando así sus armas, vinieron á pararse al lado del Juez de Paz, apoyando una mano sobre la otra y ambas sobre sus vientres enjutos y casi transparentes.

—¡Oh! moi rico! exclamó don Ricardo, rico, rico! y se extasió en la contemplación de aquel cuadro y de aquellos personajes únicos en su género.

A la puerta del almacén se habían aglomerado todos los curiosos, poniendo entre ellos y la justicia una respetable distancia, como si temieran que en el inevitable reparto de palos, les pudiera tocar alguno.

¿Por qué estáis metiendo escándalo? Preguntó severamente el Juez de Paz al catamarqueño y al italiano.

Señor, respondió éste, este hombre me ha robado mi clave telegráfica para aprender el oficio y porque se lo he dicho me ha querido dar de golpes.

Esta defensa, inútil porque el Juez de Paz no entendía una palabra de lo que el italiano decía, era sofocada por la voz del catamarqueño que gritaba: me ha tratado de lagrón y de cochino y por eso yo hi hi querido pegar.

Y los dos hablaban á un tiempo, sin que hubiera Cristo capaz de entenderlos.

Yo no mas jablo! io no mas jablo! gritó el Juez de Paz irritadísimo, cuidado con eso!

Pero señor yo hablo porque usted me ha preguntado, parlotó el italiano.

Yo hablo pá defenderme! argumentó el catamarqueño, pero hablando al mismo tiempo que el italiano.

—Hi dicho que io no mas jablo! grito el Juez de Paz sulfurado, y sino masen caso y respetan mi justicia lojago fusilar!

Los dos soldados se separaron entonces del Juez de Paz fueron adonde habían dejado sus armas, y tomando el fusil y desenterrando el sable, volvieron al lado del magistrado como esperando la orden de fusilar á los criminales.

Pero cuando llegaron ya los contrincantes habían enmudecido, y considerando entonces inútil su presencia armada, volviéronse á dejar sus armas; contra el árbol el fusil y pinchando en el suelo el sable, volviendo á rodear la augusta persona del famoso magistrado.

Nosotros estábamos reventados de risa.

El Juez de Paz nos miraba como si quisiera observar el grado de asombro que producía en nosotros su modo de hacer justicia, y nosotros teníamos que hacer esfuerzos violentísimos por no soltar la risa.

Don Ricardo avanzó entonces con la gravedad más còmica de este mundo, y propuso al Juez de Paz darle minuciosos detalles sobre el asunto.

Al oir hablar al inglés el catamarqueño y el italiano empezaron á argumentar siempre al mismo tiempo sobre

su inocencia, pero el Juez de Paz, enarbolando esta vez su garrote, gritó:

—Yo nomas jablo! hi dicho; en donde yo estoy nadie jabla! y al primero que falta lo hago fusilar!

Los dos soldados volvieron á sus armas apresuradamente, sin duda para fusilarnos á todos, pero volvieron á dejarlas en vista del silencio que reinó en seguida.

Y el Juez de Paz, de acuerdo con la teoría de que él sólo podía hablar, empezó á descargar sobre los combatientes la más furiosa andanada de injurias é interjecciones de todo género.

Cumpliendo como Juez, decía, io debía hacerles fusilar, pero por ser la primera vez vo á darles juna paliza paque otra vez no hablen cuando yo hable.

Enarbolaba su garrote para hacer efectiva su sentencia, cuando creimos deber intervenir para implorar el perdón de aquellos infelices.

—Al que me pida nada, le hago fusilar, gritó el Juez de Paz y acometió á palos á los reos.

El italiano se puso en salvo, pero el catamarqueño temiendo que lo fusilaran por no querer recibir los palos, hinchó el lomo y recibió un par que hubiera bastado para deslomar un toro.

A ese piyo que no quere! á ese piyo que no quere! gritó, y Juez y soldados se lanzaron sobre el italiano, que se guareció á nuestra espalda.

Y como nosotros lo amparáramos decididamente, y los soldados estuviesen ocupados en acogotar al catamarqueño, el Juez de Paz nos miró de una manera tremenda, diciéndonos:

Vo á mandar á pedir refuerzo al Gobernador y á fusilar á todo el mundo! y mandando que llevaran á la cárcel al catamarqueño, se retiró blandiendo su garrote y jurando que nos haría degollar á todos.

—Y es tan capaz de hacerlo, nos dijo el italiano, ó de

intentarlo, que yo no me quedo aquí ni un momento, me voy junto con ustedes.

El tren no pasaba hasta la noche; por lo que quedamos allí ávidos de saber en que paraba aquella aventura sublime.

El pueblo, guarecido en el almacén, nombró una comisión para que se acercara á nosotros, pidiéndonos que mediáramos con el Juez de Paz para que no fuese á fusilar el catamarqueño, asegurando que sobre éste caería toda la cólera en que habíamos montado al Juez de Paz.

—La cárcel está muy cerquita, nos dijeron los comisionados, de un galopito vamos hasta allí y ustedes podrán pedir la libertad de nuestro compañero.

Tal era la angustia de aquella gente y tan inminente el peligro, que según ellos corría la vida del catamarqueño, que resolvimos ir hasta la cárcel y tratar de convencer al Juez de Paz que debía perdonar á aquellos infelices, cuyo delito, para el Juez de Paz, se reducía á haber hablado delante de él, única persona que tenía el derecho de la palabra.

Pero la descripción de aquella cárcel y de aquel juzgado, merecen párrafos especialísimos y el prévio juramento de ser hecha con la mayor exactitud hasta en su último detalle.

A diez ó quince cuadras de la estación, en un descampado y bajo un inmenso algarrobo, había asegurado contra su tronco una especie de cepo de ocho agujeros.

Allí estaba el catamarqueño, metido de cabeza entre uno de los agujeros y lloraba como puede llorar una criatura.

¡Ay mi magre! sollozaba, quien me había de decir que me vería en situación tan espantosa.

¡Ay mi magre! ¡io me voy á morir! ¡io me quero morir!

Nos acercamos al cepo, donde el desventurado había sido puesto de espalda en el suelo, y recibía sobre los ojos los rayos del sol.

Por allí cerca no se veía población alguna ni cosa que se le pareciera.

—¿Queres que te saquemos y te pongamos en libertad? le dijimos.

—Si el Juez lo quere, gueno, sollozó el catamarqueño, sinó no; porque si yo me saliera de aquí sin su permiso, me haría degollar.

En vano lo tentamos abriéndole el cepo; en vano le dijimos que nada le había de suceder, no hubo como hacerlo salir de allí; tenía miedo que el juez lo hiciera degollar.

Como de todos modos teníamos que hacer tiempo á que llegara el tren, nos fuimos al Juzgado á interceder por él.

El Juzgado era un ranchito de una sola pieza, situado á veinte cuadras de la cárcel.

En aquel ranchito estaba el domicilio particular del Juez y el Juzgado de Paz.

Allí vivían su consorte, sus hijos, sus primos, sus cuñados, su suegra, sus cabros y sus dos soldados, que además de tales, eran sus peones y sus conchavados.

El Juez de Paz era el cocinero, sin duda; porque en aquel momento preparaba un puchero monumental.

Vernos y trabársele la lengua de pura rabia, todo fué uno.

—¿Qué andan queriendo por aquí?, nos preguntó, ¿no están contentos con haber mofado mi autoridad?

Don Ricardo se oprimía el vientre con ambas manos, mientras Ireloir miraba á aquel hombre con su más cristiano asombro.

—Nosotros no hemos faltado á su autoridad, amigo.

—¡Yo no soy amigo, soy el juez, y yo nomajablo! Porqué no se querían callar cuando yo hablaba?

—Porque entonces no hubiera habido quien le explicara la verdad de lo ocurrido.

—Es que yo hablaba y entonces los demás debían haber callado; cuando yo hablo nadie más debe hablar; io no más jablo!

Para calmar la irritación formidable del Juez, tuvimos que cantar la más feliz palinodia; de otra manera no hubiéramos podido salvar al pobre catamarqueño de aquel cepo al rayo del sol, que podía costarle, por lo menos, un ataque á la cabeza.

Cuando el Juez se hubo calmado, en vista de que le dimos la más perfecta razón, en que cuando él hablara nadie más tenía que hablar, hicimos nuestra solicitud del modo más humilde que nos fué posible.

¡Pero aquí fué la gorda!

Conque ustedes me queren yevar el preso después de haberme sacado el gringo; ¡primero me hago cortar el gañote que largarlo! Para eso soy el Juez y ya he mandado traér refuerzos para peliarlos á ustedes también, á ver que se han figurado.

El preso va á cambiar pellejo en la cárcel, ó yo he de poder nada.

Era imposible reducir á la razón á aquel estimable Juez, y renunciamos á las rogativas.

Nosotros, con el tono de nuestro pedido, le habíamos dado mayor importancia, y el hombre se creía una especie de Shah.

Pues, mi querido amigo, dijimos entonces, si usted no lo suelta, lo soltaremos nosotros, y para el mozo siempre será lo mismo.

¡Dios los libre!, gritó en el colmo del furor; ¡yo soy aquí el Juez de Paz, la autoridad, y he de hacerme respetar aunque sea muerto! no quero que lo largan y no lo han de largar.

Los dos famosos soldados no se hallaban en el Juzgado en aquel momento, porque sin duda habían ido á pedir el refuerzo deseado al Juez de Paz vecino; así es, que pudimos retirarnos sin inconveniente alguno.

Llegamos á la cárcel donde aún lloraba el catamarqueño, asegurando que él quería morir, y abrimos el cepo, diciéndole que saliera bajo nuestra responsabilidad, que el Juez no lo quería largar.

¡Líbreme mi magre!, gritó el catamarqueño, yo no salgo de aquí hasta que él no me largue; porque cuando ustedes se vayan de aquí sería capaz de ahorcarme.

No hubo forma de hacer salir al joven, aunque le dijimos que le quedaba el recurso de volverse á meter en cuanto el Juez asomara la nariz, y regresamos á la estación á esperar el tren.

Allí estaba el italiano haciendo sus preparativos para mandarse mudar con nosotros.

No quería quedarse allí ni un minuto más, no sólo por temor al desquite que podía tomar el Juez de Paz, porque los amigos del preso se le iban á echar encima y hacerle pagar un delito que no había cometido.

¡Vaya al diablo el empleo! nos decía, encajonando una colección de ramos de flores secas, recuerdos ardientes de las pobladoras de San Pedro; ustedes no saben que especie de animal feroz es el tal Juez de Paz; ¡no paro hasta Buenos Aires, ahora!

En el almacén de enfrente, punto de reunión de la crema de San Pedro, empezamos á matar el tiempo, esperando el tren que debía llevarnos á tierra más habitable.

Don Ricardo, rodeado por todos los habitantes del

pueblo, soltó el hilo de su inspiración, y el Crudo Tucumano, la Palomita y la Zamba más agitada, brotaron aguardentosamente de aquel gañote incomparable.

¡Qué pronunciación! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué cosquillas!

Los santiagueños aplaudían de una manera desaforada y nosotros de pura risa nos torcíamos como bajo un ataque de gastro enteritis.

Las muchachas de San Pedro, con cada ojo negro capaz de hacer temblar al más indiferente y con cada trenza hasta los talones, habían hecho candente círculo alrededor de don Ricardo, que, con un feroz entusiasmo, seguía ensartando copla tras copla en espantosa mescolanza.

Hubo un momento en que se interrumpió para decir á la santiagueña de trenzas más largas que se las prestara, para un par de riendas que necesitaba.

La muchacha sonrió, mostrando dos hileras de dientes blanquísimos, y don Ricardo volvió á su canto con más entusiasmo que nunca.

A la hora de estar allí, puede decirse que todo San Pedro estaba en el almacén, haciendo el dueño un negocio fabuloso; pues, según supimos después, aquel día había más de peso y medio en copas, venta que jamás hiciera el almacén desde que se fundó.

Allí se pasó el día alegremente, tan alegremente como se pudo, y hubiera seguido la farra sabe Dios hasta cuando, á no haber venido á interrumpirla una noticia formidable, que hizo dispersar aquel público entusiasta en menos de un minuto.

Las tropas de San Pedro, con el refuerzo pedido por el Juez de Paz, se están batiendo encarnizadamente con las fuerzas Tucumanas; ya ha habido dos muertos.

Pero, ¿por qué se baten?, habíamos preguntado todos, ¿qué es lo que ha sucedido?

Se baten, dijeron, porque las tropas tucumanas han

invadido nuestro territorio y el Juez de Paz los ha sacado peinando.

Aquello debía ser curiosísimo y resolvimos irnos al mismo lugar del combate.

Era un punto desprovisto de árboles, divisorio según parece, de una provincia y otra, había unos doce ó catorce hombres que se sacudían cada moquete y cada garrotazo capaces de postrar á un burro.

Dos de aquellos combatientes se hallaban tendidos en el suelo, pero no muertos, porque soltaban cada ¡ay mi magre! capaz de ser oido á dos leguas de distancia.

Unos tenían sable á fusil semejante á los que habíamos visto en manos de la justicia San Pedriana cuando el conflicto del catamarqueño y el italiano.

Otros armados de garrotes se medían los matambres apresuradamente.

Y otros, en fin, sin más armas que las naturales, se habían cazado de las mechas y se sacudían cada puñetazo que sonaban como golpes de bombo.

Á un lado de los combatientes, había dos hombres que, á juzgar por sus trajes, debían ser los dos jueces de paz, quienes armados de nudosos garrotes de algarrobo se sacudían sin piedad y con la más cristiana intención de descalabrarse.

Sudores y fatigas inmensas nos costó que aquellos combatientes se dieran una tregua para ponernos al corriente de lo que sucedía y ver si podía darse por terminada la batalla.

Pero al fin, y cediendo á la última intimación, se dignaron explicarnos lo siguiente:

El juez de paz del pueblo inmediato á San Pedro, y perteneciente á Tucumán, había venido con sus dos soldados persiguiendo un foragido que se internó en San Pedro.

El juez de paz de este punto intimó á su colega que se retirara porque aquel era su territorio y como no fuese

obedecido con la presteza exigida, lo cargó y le dió de palos.

El juez de paz se retiró, pero volvió á venir más tarde acompañado de seis soldados, para sostener los derechos que tenía de llegar hasta allí.

Cuando regresó, ya habían precisamente llegado los refuerzos pedidos por el juez de paz de San Pedro para aprehender al italiano, de modo que la agresión de su vecino lo tomó fuerte y preparado á la lucha.

El juez de paz de San Pedro, sosteniendo que aquel era su territorio, intimó á su colega que tocara espiante, pero éste dijo que era también su territorio y que tenía derecho de permanecer allí.

Como la cuestión se enredara, el juez de paz de San Pedro que era muy cascarrabia, tiró una línea en el suelo con el cabo del rebenque, y dijo: ésta es la frontera.

Desde aquí para adentro es mío y para afuera de usted; largo de aquí entonces, porque sino me enojo.

Su colega que era tan terco como él y que se creía fuerte, negó semejante traza de límites y aseguró que no se retiraba de allí.

Fué entonces que ambos gritaron ¡á la carga! y al frente de sus tropas se lanzaron uno sobre el otro, con ánimo de romperse el alma.

Después de esta explicación que habíamos escuchado lo más seriamente que nos había sido posible, nos encontramos con que la lucha volvería á empezar más fuerte que nunca, porque ninguno de los dos quería ceder un ápice de sus pretensiones.

—No quero que pase á mi territorio, decía el de San Pedro.

—Es mi territorio, decía el otro, y no salgo de aquí ni á palos.

—¡Salga de mi frontera!

—¡No quero salir nada! ¡No es su frontera!

—¡Invasor! ¡Cochino!

—¡Bruto y porra!

—¡A la carga!

—¡A la carga!

Y sin más ni más avanzaron unos sobre otros, se enarbolaron los garrotes, sonaron las cocas y la batalla recomenzó con más encono y con más bríos que nunca.

Cada garrotazo sonaba sobre la cabeza del que lo recibía como sobre un poste.

Toda mediación era exponerse á ser vapuleado de firme.

Los combatientes no escuchaban nada porque las voces se perdían entre los reniegos y ahullidos, y era imposible desapartarlos de otro modo que cargando encima de ellos.

Parecía que aquello no se iba á concluir nunca si alguno de los jueces de paz no cedía.

En cinco minutos más de lucha, habían caído dos nuevos heridos, uno con el coco roto y otro con un brazo roto también.

Las caras de aquellos combatientes estaban sembradas de moretones como cardenales tremendos.

A cada golpe nuevo recibido, se sentía un ay! ayta! ó un ¡ay mi magre! que hacía prorrumpir á don Ricardo en extraña risa.

Pero ninguno cedía entre tanto, y aferrados de las mechas ó las barbas, seguían menudeándose por lo fino.

La noche había cerrado ya y aprovechando el cansancio de los combatientes, mediamos de nuevo de una manera más eficaz, no sin tener que hacer serios esfuerzos para que los jueces de paz se soltaran las mechas donde habían hecho presa.

Yo no dejo de pelear, dijo el de San Pedro, mientras este hombre no deje de violar mi territorio, sino me he de hacer matar.

Pues amigo, es necesario que usted se retire, dijimos al

otro, y que cada uno dé cuenta á su gobierno de lo que sucede, para salvar su responsabilidad.

Yo me voy, dijo entonces el otro magistrado, y me voy solamente porque no soy derrotado, porque naide puede decir que me ha derrotado, y para volver mañana con nuevos refuerzos para llevar prisioneros á estos maulas.

No has de llevar nada, gritó el otro, porque San Pegro ti ha y dar el vuelto; á qué no venís, porra?

Ya lo verás, maula.

¡Vaia á la maula!

¡Vaia á la maula!

Y soltando cada uno esta suprema injuria, el de San Pedro regresó á su juzgado, según dijo para hacerse untar un poco de sebo en los golpes, mientras el otro se retiraba, decidido á volver al siguiente día con nuevos refuerzos.

Nosotros regresamos al almacén de la estación, comentando aquella aventura descalabrada y risueña, de la que tuvimos que dar cuenta á un sin número de curiosos que nos confundían á preguntas.

Estábamos en lo mejor de nuestra narración, cuando sentimos una formidable gritería que arrancó en nosotros una carcajada, mientras ponía en el ánimo de los San Pedrenses el más temeroso espanto.

Aquello era un bando que lanzaba el juez de paz de San Pedro al vecindario, porque era la única y eficaz manera de hacer conocer sus determinaciones.

El bando lo recibía uno de los soldados de que hemos hablado ya, quien se lo hacía repetir tantas veces como era necesario para fijarlo en su memoria.

Una vez que decía saberlo, salía á la calle, y de trecho en trecho lo repetía á grito pelado, sin perjuicio de enmendaturas risueñas en que le hacía incurrir su falta de memoria.

El bando de aquella noche no podía ser más curioso: lo escuchamos atentamente las dos ó tres veces que lo re-

pitió el milico, y lo apuntamos como la más famosa pieza judicial que se conozca.

Helo aquí tal cual lo gritó el milico y tal cual lo apuntamos entonces, palabra por palabra:

«El juez de paz de San Pegro, previene al vecindario que mañana tiene que amanecer lomajarmado que pueda porque nuestro territorio ha sido invadido por lagrones y pícaros.

Es preciso peliarlos duro y parejo y por eso el juez de paz quiere que todos jamanescan armados con lo que tengan pa derrotar la invasión.

Al que no haga caso el juez de paz lo hará degoyar por mano de la justicia, hi dicho.

El que alegue no haber oido este bando será tratado como traidor á la patria y degoyado también».

Este bando, con las más risueñas alteraciones fué repetido unas cuantas veces en la esquina del almacén, siguiendo el milico su tarea de hacerlo conocer de todo el pueblo.

El terror más descomunal se había apoderado de todos: ¿quién se atrevía á desobedecer la orden? ¿Quién se animaría á alegar no haberlo oído, después de la pena con que se amenazaba á quienes dieran esta disculpa?

Ni siquiera se atrevían á protestar de la medida temiendo fuera á saberlo el juez de paz y á aplicarles algún castigo tremendo.

Lo más curioso es que en toda la población no había una sola arma de fuego, ni más armas blancas que el cuchillo que algunos poseían.

Resultaba, pues, que el armamento se reducía á rebenques y garrotes, y cuando mucho á una hoja de tijera que su propietario había atado á la punta de un palo para proyectar una lanza.

Lo que hay que el enemigo no vendría mejor armado y la partida entonces tendría siempre que ser igual.

Toda aquella noche la pasaron los habitantes de San Pedro en sus preparativos de armamento y nosotros prometiéndonos el día más salado de la vida.

Pero el tren nos vino á arrebatar la esperanza, con su primer silbido, anunciando la partida.

Había llegado la noche anterior y al amanecer seguía viaje para el Recreo.

Con el pesar de aquel que ve suspendida una función teatral predilecta, nos retiramos de San Pedro, sin haber podido conocer nunca el resultado de aquella tremenda batalla, ni como concluiría aquella celebre cuestión de límites.

Tomamos el tren que pasaba para Córdoba y que debía demorarse aquella noche en el Recreo, de donde salían mensajerías para otras provincias.

Pocos pasajeros llevaba el tren: dos diputados que venían á incorporarse al Congreso y unas seis mujeres, dos de las cuales iban hasta Quilino y cuatro á Córdoba.

Los dos diputados dormían apaciblemente un sueño de felicidad suprema, á juzgar por la expresión risueña de sus fisonomías.

Sin duda soñaban que les aumentaban el sueldo y la partida de viaje.

Reposaban las cabezas llenas de ilusiones sobre las petacas que les servían de almohada.

Las mujeres tenían los ojos hinchados por el sueño, porque no se habían atrevido á dormir en presencia de los dos padres de la patria.

¡Cómo era posible dormir delante de dos diputados al Congreso! no era decente ni respetuoso.

El tren empezó á rodar y bien pronto los ronquidos de

los padres de la patria empezaron á hacerse insoportables.

Don Ricardo que al ver mujeres había sentido una fuerza de inspiración estupenda templó su guitarra y se puso á cantar una Zamba que hizo titilar á los dos diputados, que, por lo que podía ser aquello, se abrazaron estrechamente de sus petacas.

Bien pronto fueron cayendo al vagón los empleados de encomiendas y los guardatrenes no cayendo también los maquinistas porque se les sacó con cajas destempladas.

Los diputados miraban á don Ricardo como á una especie de masón remitido allí por el diablo expresamente para turbarles el sueño, y á cada momento se persignaban rezando en voz baja sus más eficaces letanías.

Nosotros no habíamos alzado en San Pedro más que unas pocas tortas fritas y un cuarto de cabro asado, que sacamos aguzados por el hambre, y nos pusimos á comer, previa invitación á las pasajeras y á los diputados, que aceptaron en el acto, acercándose y olvidando que don Ricardo era un enviado de la masonería infernal.

Mientras cortábamos unas rebanadas para obsequiar á las damas, los diputados se le acomodaron al cabro con tal fe, que si nos descuidamos no nos hubiera quedado ni los huesos que roer.

Eran tan enormes los bocados que cortaban, que para llevárselos á la boca tenían que hacer esfuerzos supremos, no sabiendo después como darlos vueltas.

Fué preciso que cada uno cortase un buen pedazo para sí, si quería salvar algo de aquella formidable carga al asalto.

Desconsolados los diputados sin duda porque no habían podido dar fin y remate al cabro se retiraron con sus petacas á los asientos que habían ocupado desde el principio.

Allí abrieron sus petacas, de donde sacaron ocultamente unas quesadillas y unas tabletas.

Nosotros dimos por bien empleado el cabro que habíamos perdido creyendo que nos irían á invitar, pero no fue malo el chasco que nos dimos.

Se taparon con los ponchos hasta la cabeza como quien se prepara á dormir la siesta, y bien pronto los sentimos comer con una avidez y un entusiasmo digno de una paliza.

Pronto nos llegó la hora del desquite.

Don Ricardo destapó la damajuana de vino, invitando primeramente á las damas en alta voz para ser sentido por los diputados, quienes sabiendo de lo que se trataba, dejaron caer los ponchos y se acercaron al vino como se habían acercado al cabro.

Y con su más amistosa sonrisa estiraban ya la mano creyendo que don Ricardo les daría la damajuana para que se sirvieran, cuando éste la tapó flemáticamente diciendo:

Nosotros tenía muchas ganas de tabletas y quesadillas y ustedes no convidar nosotros; ustedes tener muchas ganas de vino y nosotros no convidar ustedes.

Los diputados pusieron las caras más elegíacas que pueda imaginarse y se retiraron á sus asientos con más ganas de llorar que de responder una palabra.

Y debían tener grandes deseos de tomar un trago de vino porque el atracón de tabletas había sido formidable.

Fué tal la expresión que conservaron los diputados en sus fisonomías, que las damas aquellas no se atrevían á mirarlos por temor de que estallase en una carcajada la risa que jugueteaba sobre sus labios.

Don Ricardo, entonces, nos refirió un cuento de unos viajeros que llevaban comida, entre otros viajeros hambrientos y que fueron asesinados una noche para robarles la comida.

Desde aquel momento los diputados no nos quitaron la vista de encima, y á la primera parada que hizo el tren, salieron del vagón para no volver más.

Cuando el tren siguió su marcha, viendo que no había otro coche de pasajeros, preguntamos al guardatrén que había sido de los diputados.

No sé porque no han querido volver aquí, nos dijo el empleado; han preferido seguir viaje en un vagón de carga: algo les habrán hecho ustedes.

Aquello había sido simple obra del cuento de don Ricardo.

Sin duda los diputados habían creido que seríamos capaces de asesinarlos para robarles las quesadillas y los dulces que llevaban en las petacas.

Á la noche llegamos al Recreo, estación que por su nombre nos prometía algo de bueno.

Llevábamos una sed de todos los diablos y un hambre que no quería ser menos que ella.

¿Cómo en el Recreo no habíamos de encontrar agua buena y algo que comer?

Pero nuestra desilusión fué grande cuando bajamos del tren.

En el Recreo no había ni siquiera un poco de aguardiente para calentar agua, ni más agua que la que servía para proveer á la locomotora, un agua terriblemente salobre, que no había gañote capaz de soportar.

Es muy tarde, nos contestaban los empleados de la estación, tengan ustedes paciencia hasta mañana, que tendrán todo cuanto necesitan.

Fuera de la estación y bajo el alero que rodeaba el edificio para guarecerlo del sol, había una cantidad de catres tendidos.

En aquellas camas privilegiadas dormían los empleados de la estación y los pasajeros y pasajeras que espe-

raban el tren ó las mensajerías para seguir viaje á la madrugada siguiente.

Como los catres no alcanzaban para todos, los demás pasajeros habían tendido en el suelo sus ponchos ó sus sacos, y dormían tan plácidamente como en la mejor cama,

Hubiéramos querido hacer lo mismo, pero el hambre no nos dejaba un momento de tranquilidad.

El telegrafista del Recreo, á quien el de San Pedro había referido la aventura de que lo salvamos, vino en nuestra ayuda con una noticia maravillosa. Uno de aquellos durmientes al aire libre, era dueño de un envoltorio de provisiones de boca, donde había visto él varias gallinas rellenas y un pan francés enorme escarbado y lleno de huevos con chorizos.

¿Cómo era posible que siendo poseedor de semejantes provistos un hombre que dormía, estuviéramos nosotros pasando un hambre de cincuenta atmósferas?

Nos hicimos señalar el catre, con el telegrafista y nos acercamos al afortunado mortal.

Era este un vejete de sesenta años, de largas barbas y facha sanjuanina, que dormía como un patriarca en día domingo.

Sin duda tenía frío, porque se había tapado con unos seis ponchos de vicuña y guanaco que debían tenerlo en una temperatura tropical.

Aquel vejete tenía una expresión de angurria, tan fuertemente acentuada, que parecía estar soñando con algún gran banquete que le daban.

Conferenciamos brevemente sobre si lo despertaríamos ó no para pedirle que nos diera ó nos vendiera un par de gallinas, pero el telegrafista nos hizo abandonar bien pronto semejante idea.

—Estoy seguro, nos dijo, que aunque le ofrecieran una onza por gallina, no la daría.

Hoy apenas comió unos bocaditos de una cuyo olor

esquisito daba ganas de pelearlo y quitársela, la envolvió en veinte papeles y la guardó con las otras, asegurando que se había desmandado en la ración.

Es muy tacaño y como va hasta Chilecito, quiere hacer economía para que no vaya á faltarle el alimento.

Si no pueden robarlo sin que se despierte, mucho me temo que ustedes se queden en ayunas.

Si se despierta lo peleamos, y abur Perico.

El tacaño del vejete se había puesto de almohada el envoltorio de fiambres, de modo que era imposible sacárselo sin moverlo, é imposible moverlo sin despertarlo.

Suceda lo que suceda, es preciso comer esta noche, dijo don Ricardo; y despierto ó dormido el vejete no tendrá más remedio que aflojar las provisiones.

Nos metimos dos abajo del catre, uno á la cabeza y otro á los pies.

El de la cabecera empezó á tirar suavemente del envoltorio, primero, hasta que tuvo donde aferrar las dos manos y entonces sacudió un tirón espantoso.

El pobre viejo, despertado bajo impresión tan brusca, quiso tirarse del catre por la cabeza, pero entonces el que estaba á los pies lo trincó de las cachirlas y empezó á imitar un perro que muerde irritado.

El pobre viejo, creyendo sin duda ser víctima de algunos perros atraídos allí por el olor de los fiambres no se atrevió á bajar del catre, y poniéndose de pie empezó á dar grandes voces de auxilio.

Pero el mayor Herrera había tenido tiempo de disparar con el lío de los fiambres, y el que estaba de pie pudo hacer lo mismo con los magníficos ponchos de guanaco.

Todavía conservábamos un poco de vino en la damajuana, con lo que nos prometimos la más soberbia noche de nuestra vida.

Y formamos campamento á bastante distancia de la estación para no ser vistos y poder comer tranquilamente.

Entre tanto el vejete había puesto en terrible confusión á pasajeros y empleados, dando gritos formidables de que los perros lo querían comer.

Tranquilizado un poco porque por allí no se veía el menor vestigio de perro, empezó á buscar su lío de comestibles, echándose á llorar como un recién nacido cuando vió que había desaparecido.

Ahí tiene para lo que sirve tacañear la comida, decía una vieja que dormía cerca del sanjuanino, sino nos hubiera mezquinado un bocado de sus gallinas, nadie se las habría robado.

Pero de todos modos me hubiera quedado sin ellas, gimió el vejete, porque como los dulces de Juana, todo se habría ido en convidadas.

¡Ay mis gallinitas! ¡quién me las habrá robado!

Entre tanto, metidos en un vagón nosotros, no perdíamos un detalle de la cómica escena, ni bocado de las gallinas, que iban quedando reducidas al más limpio esqueleto.

Aquello era un comer formidable, como que hacía tres días que ayunábamos.

Y aquel pan francés relleno de chorizos con huevos y aquellas gallinitas tiernas y gordas, estaban también preparadas, que cualquiera observación á su respecto, habría sido de la más terrible injusticia.

En vano el viejo ayudado de los empleados de la estación y otros pasajeros hicieron todo género de pesquisas para hallar las gallinas.

¡Qué habían de encontrar si las estábamos comiendo metidos dentro de un vagón!

¡Y qué ricas estaban! ¡De cada bocado les sacábamos media libra de comida!

Don Ricardo, una vez satisfecha el hambre descomunal que sentía, tuvo una idea diábolica.

Se bajó del vagón y acercándose al vejete que lloraba con infinita amargura, le habló al oido.

Yo sé quien le ha robado la comida.

Bendito seas hijo, ¿quién ha sido?

Dos diputados que vienen en el tren: pregunte usted á los mayorales donde están, y reclámeles las gallinas porque yo se las he visto llevar.

El vejete no se esperó más, una risa alegre y juguetona le retozó en el semblante y saltó á donde estaba el encargado del tren, á quien preguntó por los diputados y quien se los indicó sin la menor dificultad.

Los dos diputados que habían hecho sociedad de cobijas dormían apaciblemente cuando fueron despertados por los estrujones del vejete, que con gritos desaforados pedía le devolvieran sus fiambres.

Qué fiambres ni qué arrope, respondió uno de ellos; nosotros somos pagres de la patria, diputados electos y nada tenemos de gallinas en nuestro programa.

¡Pagres del infierno! ahulló el vejete— ¡ó me vuelven mis fiambres ó les rompo el alma!

Los diputados quisieron explicarse y hacer respetar sus inmunidades en último caso, pero no hubo remedio.

El vejete la emprendió con ellos á puñetazos, pidiendo sus gallinas y asegurando que si no se las daban se las había de sacar de las tripas.

¡Socorro al Congreso! ¡Socorro al Congreso! gritaron desesperados, nos quiebran las costillas á los legisladores.

Pero el vejete no entendía de chicas, y á mordiscones, y á patadas y puñetazos quería hacerles confesar donde estaban sus gallinas.

Los empleados del tren acudieron á poner paz entre los combatientes, siendo preciso asegurar al vejete, porque estaba más exaltado que un perro de presa.

Don Ricardo é Ireloir reían desaforadamente del apuro en que habían puesto á los dos diputados, que seguían gritando: ¡Favor al Congreso! ¡Favor á los pagres de la patria! que nos mata este viejo poseído de los malos.

Y los pasajeros hacían coro en la alegre carcajada y los palmoteos crecían á medida que aumentaban los gritos.

Queremos que los metan á la cárcel! este es un asesinato político, seguían gritando los diputados, mientras el vejete bramaba:

¡Me han de volver mis gallinas, ó les he de sacar los ojos á azotes!

Sabe Dios en que hubiese venido á parar todo aquello, si el tren no hubiera soltado las dos grandes pitadas que anuncian su salida.

Los pagres de la patria subieron siempre al vagón de carga para defender mejor sus tabletas, y el tren se puso en marcha nuevamente, en medio de las maldiciones del vejete y las grandes carcajadas de don Ricardo.

Acababa de amanecer un día precioso verdaderamente, y el sol se levantaba dorando el contorno de aquellas sierras magníficas cubiertas de vegetación.

Todos los pasajeros íbamos medio locos de sed, no se hallaba más agua que la de las Estaciones, y ésta era bebible solamente para la locomotora.

Uno que no pudiendo resistir más la sed, se animó á tomar dos tragos haciendo cada visaje que no había más que pedir; tuvo por todo el resto del día los famosos efectos del Bálsamo de Fierabrás con que don Quijote quiso curar las mataduras de Sancho Panza.

Los que aún llevábamos vino tomábamos de á pequeños traguitos, no sólo porque éste aumentaba la necesidad de beber agua, sino porque no queríamos concluir por domar monas.

Don Ricardo tenía tan seca la boca, que había tenido

que abandonar sus eternas canciones, suspendiéndolas hasta que encontráramos agua.

Y lo peor de todo era que se nos decía que hasta después de la estación de Quilino, no hallaríamos agua bebible.

Pero Quilino es un pueblo de gente que debe tener la necesidad del agua, decíamos. ¿Cómo es posible que no haya agua que beber?

La hay, sí, pero sólo la que cada cual atesora en su casa, porque tiene que ir á buscarla muy lejos, ó esperar que llueva, cosa que no sucede con frecuencia.

Por eso es que cada uno viaja con su damajuana de agua, más estimable que el vino mismo, por su misma escasez.

No había otro remedio que conformarse; pero, ¿cómo aguantar la sed hasta la noche, en que llegaríamos á Quilino, y donde tendríamos que ir á buscar y á mendigar un poco de agua?

Los que sabíamos vivir, no ignorábamos que en Quilino había agua en alguna parte, y habiéndola en alguna parte la tendríamos nosotros.

Por un par de reales, la misma agua era capaz de venirse hasta nuestros estómagos.

El dinero, en aquellos mundos, es la gran piedra de toque, lo que hay es que se necesita saberlo emplear con un tino excepcional.

Ofrecerlo, calculando las cantidades que aquella gente pueda apreciar, porque se corre el peligro de producir el efecto contrario al que se busca, ofreciendo ó dando una suma de que no hay idea.

Nosotros habíamos aprendido esto al pasar por la espléndida sierra de la Cuesta.

Con las mulas cansadas á no poder dar un paso más, nos detuvimos ante una chocita, á cuya puerta un santiagueño se entregaba á los placeres del *dolce far niente.*

Aquel hombre, con la más clásica expresión de araganeria fija en el semblante, se rascaba la cabeza con ambas

manos y como llevando el compás á la zamba que cantaba, si es que aquello era cantar.

A unas diez cuadras de distancia andaban unas ocho o diez mulas, único capital con que aquel hombre contaba para vivir, capital importante, sin embargo, porque el flete de mulas deja buenas utilidades.

Habíamos salido de apuros, porque aquel hombre nos prestaría las mulas, puesto que de ello vivía.

Amigo, dijimos, ¿quiere fletarnos cuatro mulas ó las ocho que tiene, para llegar á la otra posta?

Güeno, dijo el santiagueño; valen dos pesos ji medio.

Pero como el santiagueño no se movía, y queriendo halagarlo Ireloir, sacó dos esterlinas del bolsillo y le dijo:

¡No digo dos pesos y medio! te doy dos libras esterlinas y media, por el flete de las tres mulas.

Ante semejante oferta el santiagueño desconfió y no respondió una palabra, pero se le conoció en la cara que se había retobado.

¿Aceptas las dos libras y media? preguntó Ireloir mostrándoselas.

¡No quero! dijo aquel montaraz en una especie de ladrido: ¡no quero!

Pero hombre, me pides dos pesos y medio y yo te doy más de dieciséis.

Un hombre que ofrecía diez y seis pesos por lo que se le daba en dos y medio, era cosa asombrosa; el santiagueño no sabía lo que eran diez y seis pesos, porque nunca habia visto semejante suma, ni oído la palabra siquiera, y creyo sin duda que era menos de lo que había pedido.

Por una razón ó por otra, el santiagueño desconfió de nosotros hasta el extremo de decirnos con su expresión más estúpida: No ti fleto nada.

Pero hombre, no seas bárbaro, ¿por qué no quieres fletarnos cuando te pagamos más de lo que pides?

Ya li hi dicho que no li fleto, que no li quiero fletar;

exclamó con su entonación más estúpida, pero más decidida.

Insistir era para hacerlo desconfiar más todavía.

Pero, ¿ cómo podíamos seguir viaje en semejantes mulas ?

Quisimos enternecer entónces al santiagueño, y empezamos á buscarle el lado sensible.

¡Pero hombre, cómo es posible que nos dejes seguir á pie, teniendo mulas que fletar ! te pagaremos solamente los dos pesos y medio que has pedido: ¡flétanos tus mulas que no te ha de pesar ! Yo te daré cuatro reales cómo regalo.

Si hubiéramos empezado por ahí, hubiéramos conseguido las mulas y la buena voluntad del santiagueño.

Pero él ya había desconfiado, con la oferta de Ireloir, nos había tomado por ladrones y con aquel lenguaje suplicativo que nunca había escuchado, sus desconfianzas se habían acentuado más todavía.

No li fleto nada! volvió á decir cruzando las manos sobre las rodillas, éjinutil que me pidan, porque no li quero fletar !

Y era realmente inútil insistir, pero como no podíamos seguir viaje de aquella manera, quisimos obtener por rigor lo que no se nos quería dar ni por dinero ni por ruegos.

¡Ah! santiagueño bandido! gritó Lagos yéndosele encima y conteniendo á duras penas la risa que jugueteaba en sus labios, ¡si no nos fletas las mulas te vamos á degollar!

Aquello produjo un efecto insospechable.

Como movido por un golpe eléctrico, el santiagueño se puso de pie y disparó en dirección á las mulas.

Nosotros creimos que iba á traerlas y felicitamos á Lagos por su idea, pero bien pronto se desvaneció nuestra esperanza.

El santiagueño había espantado sus mulas, que, acos-

tumbradas sin duda, bien pronto se perdieron en las sierras, y el greñudo, mirándonos como un condenado, se puso las manos en la boca, en forma de bocina, y nos gritó:

¡No li fleto nada ! No li quero fletar ! ¡Ya si lo he dicho!

Y se perdió también, siguiendo sus mulas.

Esta aventura ó desventura nos había enseñado á ser más cautos en lo sucesivo y en materia de ofrecer dinero, ofreciendo siempre la mitad de lo que se nos pedía para obtener mejor resultado.

Así no teníamos nunca el menor tropiezo y nos prometíamos en Quilino, obtener la mejor agua, con la simple oferta de un medio, ó la presencia de un real.

Pero la sed era devoradora y no íbamos á poder resistir hasta Quilino.

En el tren había agua: una vieja que iba hasta Córdoba llevaba un chifle con agua, del que no quitábamos la vista un momento, esperando que la vieja se durmiera para robárselo.

Pero la vieja adivinando sin duda nuestras intenciones, tenía tanta intención de dormir como de morirse.

Oprimía su chifle de un lado y su faldero del otro, lo más estrechamente que le era posible.

Don Ricardo, siempre con sus ideas, se sentó al lado de la vieja y empezó á hacerle los más fabulosos elogios del lanudo faldero, haciéndolos extensivos en seguida hasta su misma dueña.

Dijo que él era un joven viudo, pero que había jurado no casarse si no con una persona entrada ya en años, porque estaba escarmentado del aturdimiento de las jóvenes.

Al ver un inglés joven y buen mozo, que hablaba con

tal sentido, la vieja, que era una vieja cordobesa, empezó á derretirse como manteca puesta al sol, tal vez acariciando la esperanza de ser ella la elegida para sacar al jóven *míster*, según ella le nombraba, de su estado de viudedad.

Y á medida que avanzaba terreno en el corazón de la vieja, don Ricardo nos miraba risueñamente como si quisiese decirnos: después de tanto calor tendremos agua.

Pero la vieja sorprendió sin duda aquel cambio de miradas, porque empezó á desconfiar y á mirar al jóven *míster* con cierto recato que no había tenido antes.

Pero aceptando siempre sus galanterías, y llegando hasta permitirle que acariciara la cabeza del lanudo Jazmín.

Creyendo llegado el momento oportuno, don Ricardo con su acento más apasionado echó un piropo á la vieja y alargó su mano al chifle, con una mirada capaz de conmover á un judío.

Pero la vieja recogió el chifle contra su seno y miró á don Ricardo con expresión de contenida ira.

Un poquito alma mía, muero de sed, dijo el inglés haciendo tomar á sus lacios cabellos una expresión de sauce llorón.

¡Revienta! gritó la vieja con una expresión de pantera, ¡revienta! eso era lo que quería el muy sin vergüenza!

Y haciendo un dengue formidable con su boca de alicata, dió á don Ricardo la señal de despedida.

¡Todo se había perdido! Don Ricardo no había podido atorrar en el corazón de la vieja y la campaña emprendida con tan felices auspicios había fracasado.

No nos quedaba más recurso que arrebatarle el chifle y beber agua, aún á costillas del mayor escándalo que pueda producirse.

Fué entónces que con mucho recato y disimulo, conversando de cosas indiferentes, con gran dificultad porque ya se nos pegaba la lengua al paladar, nos fuimos acercando á la vieja.

El enorme chifle estaba allí apoyado contra su pecho, pero ligeramente, de modo que no podría resistir á un manotón.

Aprovechando el primer momento de distracción, el Mayor Herrera, con un movimiento desconocido por su rapidez, aún en el mismo dominio de la electricidad, arrebató el chifle á la vieja, y antes que ésta pudiera darse cuenta de la cosa se lo había llevado á los labios.

Aquel era nada menos que un chifle lleno de agua con anís.

La acción de Herrera produjo en el tren algo como una revolución formidable.

La vieja soltó un grito de *Ñacurutú* que dominó al mismo silbido de la locomotora, y el lanudo Jazmín, se soltó sobre las pantorrillas de Ireloir, que era el que estaba más próximo y quien recibió al faldero con un puntapié mortal.

Al ver esto la vieja saltó sobre nosotros llenándonos de improperios de todo género y queriendo sacarnos los ojos.

Y bajo aquella lluvia feroz de injurias, gritos y uñazos, el chifle iba pasando de boca en boca, apagando la sed tremenda que nos devoraba.

La vieja estenuada de fatiga y de dolor, se había arrodillado al lado de su Jazmín, que yacía sin sentido en el suelo, y cubriéndolo de besos sollozaba palabras de indecible cariño.

¡Mi alma! decía ¡esos bárbaros te han asesinado! ¡Te han asesinado los cobardes!

¿Qué va á ser ahora de mí, sin mi amor, sin el encanto de mi vida?

¡Ay! Jesús Dios mío! ¡Yo me quiero morir! ¡Yo me quiero morir!

Y la vieja se puso á llorar con tal fuerza, que nadie hubiera sospechado en ella semejantes pulmones.

A todo esto el chifle pasaba de la boca de Herrera á la

de Ireloir, de Ireloir á don Ricardo, de éste á nosotros para volver á la de Herrera.

Ahora, aunque no hubiera agua en Quilino, se nos importaba una pitada de cigarro.

Tal fué la impresión que produjo en la vieja cordobesa la impresión del desmayo de su Jazmín, que se desmayó ella misma después de haber llorado como un recién nacido.

Como compensación á su agua con anís, un riquísimo anisado Tucumano, la extendimos sobre unos ponchos para que pasara su desmayo, y nos preparamos á echar una siesta para matar el tiempo que nos separaba del famoso Quilino, cuya llegada habíamos mirado antes como una tierra de promisión y que ahora no se nos importaba un pito: habíamos llegado á calmar nuestra sed, nuestra terrible sed.

Los pobres diputados, con lo que les había pasado en el Recreo, no habían dado señales de vida.

Estaban sumamente avergonzados, según decía el guarda y decían que en cuanto se reuniera el Congreso darían cuenta de aquella escandalosa aventura que ponía á todo el Congreso en el más espantoso ridículo.

Dos padres de la patria trompeados así en una estación de tren, era una vergüenza, no sólo para la cámara de que formaban parte, si no para el gobierno mismo.

Uno de ellos, en las primeras sesiones presentaría un proyecto sobre escolta para los diputados, y el otro uno sobre indemnización porque aquel disgusto iba á traerles una enfermedad, fuera de toda duda.

La verdad es que la broma de don Ricardo había sido pesada como un diablo y dejado hondas huellas de uña en el semblante de los ilustres legisladores.

Cuando llegamos á Quilino, era ya de noche, noche que tendríamos que pasar en el tren, ó como en el Recreo, bajo el alero de la estación.

Fué aquella una noche inolvidable.

Sabiéndose en Quilino que en el tren venían dos diputados y un Coronel, esperaban en la estación, los quiliñenses, con una serenata armada.

Aquella serenata la componían un violín encordado con piolines, un bombo castigado con una especie de cachiporra de algarrobo y un triángulo cuyo temple se había perdido por completo, hasta producir un sonido difícil de describir.

Una música dada por semejante orquesta ó serenata, como la llaman allí, es algo de estupendo: algo que pone los tímpanos como una lima de grano y que hace pensar en una cencerrada infernal, dada por diablos estudiantes.

Recuerdo que una noche en que Miguel Cané había llegado á Quilino de paso para Tucumán, se revolcaba en el suelo del tren, como un desesperado, ante una música de éstas que le había sido expresamente dedicada.

El arco del violín, raspando sobre los piolines ó simples hilos de acarreta, produce un ruido que sólo hemos escuchado en los aserraderos.

Y aquel ruido infernal con el que querían hacer frases musicales, se fundía en los golpes cojos y descompasados del bombo y el chasquido formidable de aquel maldito triángulo á quien el triangulista quilinense daba una especie de terrible manteo.

Una idea salvadora vino á librarnos de tan horrible martirio.

El mayor Herrera llamó al del violín y entregándole dos reales bolivianos, le dijo que era preciso suspender la música, porque los dos diputados venían muy enfermos y querían dormir.

Los músicos recibieron los dos reales y se alejaron de allí entregados á una terrible discusión, sobre si los dos reales eran para el del violín, como sostenía éste, ó eran para partirse entre los tres.

El resultado fué que los tres músicos abandonaron sus instrumentos para darse una serenata de trompadas y cachetes hasta que la fuerza vino á dar la razón al del bombo y al del triángulo, que al fin eran dos contra uno.

La noticia de la enfermedad de los diputados se convirtió en un verdadero titeo para estos infelices, que no habían querido moverse de su vagón de carga en previsión de cualquier descalabro, y para evitar preguntas enojosas sobre el estado y desmantelamiento de sus aporreadas cataduras.

Al saber que los padres de la patria venían enfermos al extremo de no poder soportar una música, todos quisieron ir á saludarlos y á informarse de su salud.

Y una vez descubierto el wagón donde se hallaban, empezaron á acercase allí los empleados de la estación, las autoridades de Quilino y sus habitantes.

Y las mismas preguntas de ¿cómo se hallan ustedes? ¿qué es lo que sienten?—se repetían de boca en boca como palabra de moda.

Los pobres diputados no podían ya de vergüenza y desesperación, porque el hecho de ir á informarse de su salud, probaba bien claramente que estaban impuestos del poco recreativo manteo de puñetazos que habían recibido en el Recreo.

Aquello era denigrante para un diputado que es más que gobernador, en las provincias, porque es un cargo, según ellos cuentan después, que los hace venir á Buenos Aires donde el ejército reunido frente al congreso, les hace todo género de honores, presentándoles las armas, etcétera.

Tan importante es el cargo de diputado para un provinciano, que lo primero que se ve en la sala de su casa, en la cabecera de honor, es un magnífico marco dorado, orlado de laureles, que contiene el diploma de diputado.

El que puede exhibir en su sala un cuadro de éstos, que

irán á admirar sus comprovincianos y las generaciones venideras, ha alcanzado el pináculo de la gloria.

En Catamarca, en casa del ministro señor Moreno, donde pasamos un par de días, tratados con todo el agasajo y generosidad de que allí son capaces, tuvimos ocasión de ver en la sala dos de estos cuadros, con ramos de laurel en sus marcos dorados y cinta de vivísimos colores.

Uno era el diploma de diputado al congreso, de Buenos Aires, y el otro era su nombramiento de ministro en Catamarca.

Aquel hombre, con aquellos dos cargos, había subido al pináculo de los honores.

No tenía ya nada que desear sobre la tierra.

¡Ustedes podrán figurarse lo mortificados que vendrían los padres de la patria, con los solícitos cuidados y preguntas de los quilinenses!

Creían que era un titeo expresamente preparado por nosotros para mortificar su amor propio y humillarlos ante los pueblos.

Y no querían bajar del wagón de carga donde se habían alojado, por nada de este mundo.

Se limitaron á pedir un poco de grasa de mula, remedio eficaz contra los golpes y moretones y pasaron la noche dándose friegas.

Por un par de reales, como lo habíamos proyectado, nos hicimos llevar al tren tanta agua como quisimos.

Era un poco abombada y un tanto cuanto verdosa; pero añadiéndole un poco de agrio de naranja y un poco de azúcar, era muy rica, según aseguraba don Ricardo.

Calmada la sed con usura, el inglés templó su guitarra

y empezó á desquitar el tiempo que la sed lo había obligado á no cantar.

Y el *crudo tucumano*, *la milonga*, *la zamba* y los *tristes*, llenaron bien pronto el espacio, con el grotesco y cosquilloso acento del inglés.

Todo Quilino se había aglomerado al rededor del tren, escuchando con delicia suprema aquel cantor que les había caido de las nubes.

Porque don Ricardo para ellos, á pesar de su acento incomparable, era lo que para nosotros serían Gayarre, Tamagno ó Stagno.

Y cada copla, cada canción era saludada con una gritería infernal, con ahullidos, relinchos, mugidos, ladridos, con todas las manifestaciones conocidas en un jardín zoológico.

Cuando el tren partió, á la madrugada, el clamoreo fué verdaderamente inmenso.

Aquella buena gente saludaba á don Ricardo hasta con lágrimas y sollozos, que expresaban la pena que causaba su partida.

El inglés tuvo que asomarse á la ventanilla y devolver aquella estruéndosa despedida, con su más risueño saludo y su más expresivo revoleo de guitarra.

Al fin salimos de Quilino, donde habíamos creido morir de sed, y de donde llevamos una laguna, no sólo en nuestros estómagos sino en diferentes vasijas.

Ya teníamos agua hasta llegar á Córdoba, donde la encontraríamos exquisita y digna de costearse allí expresamente á tomarla.

Es una de las cosas buenas que hay en Córdoba, fuera de las cordobesas, que son la verdadera riqueza de la docta ciudad.

Las demás, como las niñas de Córdoba, han llegado á un grado de adelanto, que estarían bien en cualquier sociedad, aún en la más exigente.

Tienen gracia especial, cordobesa, diremos, que las distingue hasta la misma sociedad mendocina que es una de las más completas que hemos frecuentado.

La dama como la niña, en Córdoba, por su educación y su gracia, es capaz de entretener al hombre más exigente, sin que pueda notarse el tiempo que se pasa á su lado.

Es que en Córdoba se cuida con esmero la educación de la mujer, sin hacerla salir de su esfera.

Así, Córdoba tiene sus iglesias pesadas y sus costumbres poco simpáticas, sus frailes y sus procesiones, sus casuchas y sus monigotes.

Pero tiene también sus mujeres espléndidas, sencillas y de lujosa educación, que bastan para borrar y desvanecer todos los defectos que pudieran no hacerla simpática.

Cuando llegamos á Córdoba era ya de noche, algo tarde, los hoteles estaban cerrados, en sus departamentos de restaurant, lo que nos puso de un humor de todos los diablos.

Traíamos una hambruna estupenda, puede decirse que no comíamos desde que salimos de la Rioja y en Córdoba nos habíamos prometido nuestro primer banquete.

Pero, ¿cómo comer, sino había donde?

Nos echamos en busca de Thirsit, el hombre más conocido de Córdoba y el francés más travieso que haya pisado tierra americana; una especie de Felipe Augusto Picot, pero más estudiantil y menos pesado.

Encontrando á Thirsit habíamos encontrado buena comida, y así nos sucedió.

En un café, hablando por ochenta y arrancando á su auditorio alegres risotadas, estaba el gran Thirsit, que en cuanto nos vió nos saltó al cuello y nos dió un par de canchadas: hacía diez años que no nos veía.

Al escuchar nuestra demanda, nos hizo una seña con la mano, se despidió de su círculo que lo vió alejarse con

la pena de que le han arrebatado una alegría y semejante á un tambor mayor se colocó á nuestra cabeza, iniciando una marcha triunfal en busca de comida.

En Córdoba había entonces, no se si existirá todavía, la buena costumbre de las casas de huéspedes.

Éstas, tenidas por señoras viejas, en su generalidad, ofrecían al viajero comodidades inapreciables.

Allí se encontraba siempre esquisita comida criolla preparada con todo aseo y esmero, y un catre cuya blancura de ropas arrebataba la vista.

Por una cantidad módica el pasajero comía y dormía allí como no lo hubiera hecho en el mejor hotel, siendo despertado á las horas de partida, si es que no iba á demorarse en la ciudad.

Fué á una de estas casas de huéspedes donde nos llevó el gran Thirsit, seguro de que encontraríamos allí cuanto pudiéramos desear.

Aquello nos pareció una especie de Paraíso que nos hizo saltar al cuello del francés, sacudiéndole, en prueba de nuestra mayor satisfacción, una buena dosis de moquetes.

La mesa estaba puesta con un mantel de exagerada blancura.

Las copas brillaban como piedras preciosas y las dos jarras de vino colocadas en ambas cabeceras, parecían dos enormes topacios.

Los platos, los cubiertos, las servilletas, todo allí era de un aseo arrebatador y de un brillo extraordinario.

En cada cabecera de la mesa había dos enormes fuentes llenas de bacalao en aceite y vinagre, cubierto por una capa de rebanadas de tomate, ajíes y huevos duros.

Aquello debía estar exquisito, á juzgar por el tumbo formidable que el deseo dió en nuestros estómagos.

No pudimos contenernos y dimos á las dos fuentes el más estruéndoso viva que haya salido de pulmones humanos.

Todavía hay caldo de gallina, nos dijo la buena vieja al ver nuestro entusiasmo, unos pollitos asados y unos lomitos que no hay más que pedir.

—Si hay caldo de gallina, dijimos, suponemos que habrá gallina también.

También hay gallina, pero esa se guarda para hacerla salpicón en el almuerzo de mañana.

Nuestro entusiasmo era inmenso; semejante comida casera, después del ayuno forzado que llevábamos, era algo de celeste que no había entrado en nuestros cálculos.

Y entonamos una letanía en honor del gran Thirsit, á quien debíamos la descubierta.

¡A la mesa! gritamos, ¡á la mesa! tenemos un hambre infernal, ¡un hambre espantosa! ya no podemos esperar un segundo más.

Desgraciadamente hay que esperar un poco más, dijo la vieja, todavía no ha llegado el tren del Rosario, que ahí viene silbando, y no es cosa que los pasajeros marchantes se queden bajo la mesa.

Pero los pasajeros del Rosario comerán así que vayan llegando, sin que nosotros perdamos un tiempo precioso.

Tengan paciencia dijo la señora, un poco de paciencia y así todos quedan satisfechos.

Mi casa es muy conocida en el Rosario y de allí me viene mucha gente recomendada.

¡Qué figura quieren que haga yo si me pongo á hacerles comer sobras!

Ya llegó el tren, ahora no más llegan mis huéspedes, y todos se sientan á la mesa al mismo tiempo.

Hicimos á Thirsit una seña llena de desesperación, pero el miserable se puso al lado de la vieja, exhortándonos también á tener cinco minutos más de paciencia.

—Yo mismo voy á hacer apurar á los que vengan para acá, nos dijo, y salió á la calle con ese vértigo de actividad que le es característico.

La vieja se quedó en la puerta como si quisiera atraer á sus clientes con sus ojos de Lampalágua, y nosotros quedamos presos en el comedor por el olor exquisito de aquel bacalao con tomates.

Esto es mucho amolar, dijo don Ricardo, estirando á la fuente dos dedos como dos pinzas, y sacando una tajadita de huevo cocido se la echó á la boca.

—¡Mucho amolar! agregó Ireloir, sacando otra tajada de huevo, pero acompañada de otras dos de bacalao, y echándoselas también á la boca.

El mayor Herrera tomó un puñado, agregando también que era mucho amolar.

Y tanto se repitió el concepto aquél, que en cinco minutos, y de puñado en puñado, la fuente había quedado más limpia que si la hubieran lavado.

En eso vino la vieja y nos manifestó que si en cinco minutos más no había venido huésped alguno mandaría servir la cena.

Nosotros nos pusimos de espalda contra la mesa, de modo que la vieja no pudo ver la suerte que había corrido la primera fuente de bacalao.

Y mientras ella volvía á la puerta, á esperar sus dichosos huéspedes, tocamos á la carga sobre la segunda fuente, pero esta vez con su correspondiente pan.

Dábamos los últimos lambetazos, cuando apareció la vieja en el comedor diciendo que ya había mandado servir la cena,

¡Ah! ¡groseros, mal criados! gritó, cuando vió lo que habíamos hecho, ¿quién les ha dicho que esta es manera de comer? Con la mano, y sin dejar bacalao para mí, que me gusta tanto.

¡Tentada estoy de sacarlos á la calle por puercos, y no darles nada!

Y que quiere señora, dijimos con la boca y parte de la cara lustrada por el aceite y vinagre del bacalao; ya

no podíamos aguantar más, era mucho el hambre que teníamos.

¡Qué dejan para los perros entónces! y no haberme dejado ni un poquito para mí, ¡puercos! ¡cochinos! miren que gente me ha traído Thirsit.

Señora, esclamó Ireloir algo amostazado, pagando lo que se ha comido, no hay nada que decir; cobre lo que quiera, pero déjese de estarnos insultando que no hemos venido á eso sino á comer.

Y apoderándose de una de las jarras de vino se sirvió un gran vaso.

Siéntese, pues, á la mesa, añadió, dando él el ejemplo, y sigamos comiendo.

Ni un bocado más, grandísimos puercos, esclamó la vieja completamente enfurecida, no les doy ni un bocado más de comida,

En aquel momento entraba al comedor una chica, trayendo una enorme fuente de pollos asados, cuyo olor esquisito nos hizo dar un brinco.

¡Llévatela, llévatela, gritó la vieja, que estos angurrientos tienen bastante con lo que han devorado! No les doy más.

Iba la chica á dar media vuelta cuando saltamos sobre la fuente; ¿cómo era posible dejar que se llevaran aquellos esquisitos pollos?

Ya repetía la vieja la orden de llevarse la fuente, cuando cada uno estiró las garritas sacando por las tostadas canillas uno cado uno.

Pueden llevar la fuente, dijimos, pero lo que es los pollós no hay Cristo que nos los saque de las manos.

Esta última acción puso en su colmo la indignación de la vieja, que después de insultarnos como le dió la gana, empezó á gritar á la policía pidiendo favor, que la robaban, que la asesinaban.

Acudieron unos cuantos serenos que nos hallaron

plácidamente sentados á la mesa, devorando la última cachirla de pollo.

En aquel mismo momento entraba de la calle Thirsit, á quien la vieja imponía de la insolencia nuestra y se quejaba de la clase de bandidos que le había llevado á su casa.

El francés no sabía ya como hacer para ocultar la risa que retozaba en todo su cuerpo.

Los serenos querían llevarnos presos á toda costa, pero nosotros no estábamos dispuestos á movernos de allí antes de haber dado fin con todos los platos anunciados por el programa de la vieja.

¡Ni un bocado más! gritaba ésta, quiero que los lleven á la policía y los hagan vomitar lo que han comido.

Y mientras Thirsit y nosotros discutíamos con la vieja y los serenos, don Ricardo é Ireloir enfilaron á la cocina de donde volvieron poco después con la fuente de lomitos entonando el poderoso *god save the Queen.*

Habíamos triunfado en toda la línea.

¡No quiero que coman los lomitos! gritó la vieja, ¡son míos, yo los he hecho y no quiero que los coman! serenos, hagan respetar mi propiedad.

Don Ricardo, que era hombre que entendía la vida, había alcanzado un enorme vaso de vino al sereno que parecía hacer cabeza, quien lo apuro de un trago haciéndose nuestro mejor amigo.

Señora, dijo entonces el sereno, nosotros no podemos hacer nada, son huéspedes que comen sin ofender á nadie y no podemos hacerles nada.

Es preciso que usted lleve la queja á la jefatura.

¡Pícaros, vendidos! les gritó entonces la vieja, ¡ya me quejaré como es debido!

Y arremetió contra Thirsit, principal culpable de aquella invasión de indios, á quien puso peor que un trapo de cocina.

Entónces, nosotros todos, ingleses y criollos, entonamos un majestuoso coro, el *god save the Queen*, en expresión de gracias á nuestras barrigas bien llenas.

Y dimos á cada sereno su correspondiente vaso de vino, con lo que concluimos de tenerlos á nuestro lado.

Thirsit escuchaba impasible los denuestos de la vieja y con la paciencia de un santo le decía que tuviese paciencia porque un hombre hambriento no era responsable de sus actos.

¡Qué reviente! Esclamaba la vieja, que revienten todos, ojalá la cena se les volviera piedras en el estómago.

Los serenos se retiraron dejándonos dueños del campo y limpiando á miga de pan una fuente de dulce de higo, maestralmente hecho.

Así como habíamos tomado la comida al asalto, al asalto tuvimos que tomar los catres, porque la vieja los había hecho doblar, negándonos el derecho de dormir en ellos.

Usted cobre lo que quiera, decía Ireloir; pero usted no tiene el derecho de privar á nuestros lomados huesos que tomen la posición horizontal.

La vieja tuvo que ceder, desde que no podía hacer otra cosa y al compás del más entusiasta canto tucumano de don Ricardo, cada cual se puso á tender su catre, porque la vieja había hecho sacar hasta las cobijas.

Y despidiéndonos de Thirsit que no podía tenerse de pie de pura risa, nos preparamos á pasar la más deliciosa noche de la vida.

¡Oh! ¡qué placer inmenso es poderse meter entre un par de sábanas limpias y frescas, después de haber andado vagando una semana sin poder siquiera sacarse las botas para dormir!

No hay nada comparable al placer de una cama en esas condiciones, en que el cuerpo se rejuvenece y se siente que la sangre circula en las venas de una manera más amplia.

Y nos dormimos arullados por el crudo que don Ricardo

no había dejado de cantar un momento, y los rezongos de la vieja que se sentían en el cuarto que ocupábamos como el zumbido de una enorme caldera de vapor.

La maldita vieja tomó la revancha á su modo, no despertándonos á tiempo al día siguiente y haciéndonos perder el tren al Rosario que salía á las cinco de la mañana.

Cuando se despertó el mayor Herrera, que era el más madrugador, y echó diana sentado en el catre, eran las cinco y media de la mañana, hacía más de media hora que había salido el tren.

Nos quejamos, pusimos el grito en los tirantes del techo, maldecimos á la vieja, al hospedaje, á Thirsit que nos había llevado allí y hasta al diablo mismo, que no debía ser otro que aquella vieja disfrazada de hospedante ú hospedadora de pasajeros hambrientos.

Pero no había remedio; por más que maldijésemos no habíamos de hacer retroceder el tren y no teníamos más remedio que conformarnos con aquel día lamentablemente perdido.

Qué cara de Satanás complacido puso aquella maldita vieja cuando vió el efecto que había hecho en nosotros la pérdida del tren.

Cómo se reía la muy infame, y se frotaba sus manos de pata de pollo, en señal de su más alto refocilamiento.

Y se iluminaban sus ojitos de víbora, preguntándonos con una travesura diabólica porque no entonábamos ahora aquel famoso coro inglés de la noche anterior.

Nos levantamos dados al diablo, y dados al diablo salimos á dar una vuelta para olvidar el mal rato y abrir un poco el apetito respirando el aire libre de la mañana.

En realidad la vieja se portó con una generosidad que nos dejó encantados.

Ella podía habernos dado de almorzar cualquier inmundicia, cualquier cosa incomible, pero sin duda se había considerado suficientemente vengada con la pérdida del tren y los perjuicios serios que este contraste había causado á Ireloir, que venía con el tiempo contado.

Cuando volvimos, ya el almuerzo nos esperaba sobre la mesa, sobre aquella mesa cuya limpieza extraordinaria era capaz de abrir el apetito á un muerto.

Sobre la mesa, y en el sitio que la noche anterior ocupara el bacalao, había dos enormes fuentes de salpicón de gallina.

Nos sentamos á la mesa alegremente, presididos por la vieja que había hecho á un lado todo rencor, y en la mejor amistad de este mundo, lucimos un almuerzo que al recordarlo ahora mismo, se nos hace agua la boca.

Y todo había sido confeccionado por las prolijas manos de aquella buena vieja, que á fuerza de finezas logró hacernos olvidar los perjuicios que nos ocasionara la pérdida del tren esa mañana.

Cuando vino Thirsit, que nos había estado esperando en la estación, á la hora de la salida del tren, nos encontró de sobremesa, trenzados en la conversación más animada y amistosa que pueda imaginarse.

La vieja reía como una jóven ante la relación que le hacíamos de algunas de las peripecias de aquel viaje espantable, asegurándonos que, á pesar de la rabieta que le hiciéramos tomar la noche anterior, éramos los huéspedes á quienes con más gusto había alojado en su casa.

Aquel día lo empleamos en visitar á Córdoba, siempre en compañía del francés Thirsit que nos enseñaba cuanta curiosidad y cosa digna de verse hay en la santa ciudad.

Siempre habíamos estado en Córdoba de paso y sin

tiempo para examinar nada, de modo que dimos una buena recorrida por los baños y el paseo, los cuartos de factura de todo género, los cafés y la Policía, donde se hallaba apretado un día Lucas Córdoba, el muchacho noble y más inteligente que pueda imaginarse, á consecuencia de una de sus tantas complicaciones de revolución.

Sucede una cosa particular con Lucas Córdoba y su señor padre don Nabor Córdoba, el viejo más jóven que pueda imaginarse y el joven más travieso que exista sobre lo descubierto de la tierra.

El señor Córdoba es un hombre de espíritu inagotable y fino á cuyo lado se pasa el tiempo en medio de una eterna hilaridad.

Cuando él refiere alguno de sus cuentos de infinita gracia y sabor local, cada palabra es una cosquilla que hace saltar de risa al más serio y circunspecto.

Cuando don Nabor cae sobre alguien, cada palabra suya es algo como una mosca de Milán puesta en la nuca.

La situación más grave de su vida es motivo para él de alguna sátira, porque se ha visto en desventuras tan morrudas, que las contrariedades más duras son como un confite para él, alma templada en los dolores de la vida.

Siempre ha pasado por algo peor que sirve de lenitivo á lo presente.

Él es un espíritu, el más jóven y el más travieso de todos sus hijos, porque don Nabor, en su eterna juventud, es un fénix que renace en sus propias cenizas cada veinte años, que es la mejor edad que se puede calcular á un espíritu fresco y sonriente.

Decíamos que sucede algo particular entre el noble Lucas y don Nabor, y esta cosa particular es rara, aunque se hallen á cincuenta leguas de distancia, ellos caen presos el mismo día, por la misma causa ó por la misma sospecha.

Es que las autoridades del interior no podían verlos cru-

zar por parte alguna, sin echarles el guante, diciendo, tanto del uno como del otro: es imposible que Córdoba ande por aquí, si no tramando alguna travesura política, vamos á encerrarlos, por las dudas.

Y la verdad es que la autoridad rara vez se equivocaba.

Fuimos, pues, á la policía á visitar á Lucas, y, sabiendo que veníamos del interior, lo primero que nos preguntó, fué si sabíamos algo del viejo.

Nada, dijimos; suponemos que estará en Buenos Aires.

Es una contrariedad, nos dijo, porque el viejo debe estar preso en alguna parte y yo desearía saber en donde.

Pero ¿por qué ha de estar preso? ¿Ha hecho acaso alguna travesura política?

Supongo que no, á mi me han tomado porque debo andar tramando algo y lo mismo le habrá sucedido al viejo.

No tengas miedo, si el viejo estuviéra preso ya se sabría.

Es que no hay ejemplo de que caiga preso uno de los dos sin caer el otro: me basta verme preso para jurar que el viejo lo está también.

Pues si ese es todo tu motivo para suponerlo preso, no debes estar intranquilo, pues es un fundamento falto de lógica.

¡Quiera Dios que me equivoque! exclamó iluminando aquel semblante inteligente y juvenil con su más bondadosa sonrisa, pero el viejo está preso.

Estuvimos con Lucas todo el tiempo que se nos permitió, cuando nos separamos nos dijo:

Si tropiezan con el viejo en alguna policía del tránsito, dénle noticias mías, porque él ha de estar tan cuidadoso respecto á mí, como yo respecto de él, porque sabe que yo estoy preso en alguna parte.

Y efectivamente, cuando llegamos al Rosario la primera noticia que se nos dió fué ésta:

Don Nabor Córdoba ha sido preso en Catamarca; dicen que andaba por echar una zancadilla al gobernador y éste ha parado el golpe echándosela él á don Nabor.

Aprovechando el tiempo nos fuimos á la mejor barbería de Córdoba, para limpiarnos de pelos la cara, pues hacía un par de meses que nuestra barba y cabeza no habían sido tocadas por mano de barbero.

Era aquella barbería, bastante buena y lujosa, como que estaba situada á media cuadra de la plaza principal.

Allí había, como en la mayor de las peluquerías francesas, una colección de litografías iluminadas, representando farsas contra los ingleses, y algunos cancanes de *Mabille* y *Les Closeries des Libas.*

Una cosa nos llamó la atención en aquellos cuadros de cancán.

Tanto los escotes como las piernas de las bailarinas, estaban cubiertos por pedacitos de papel blanco, que ocultaban esas bellezas á los ojos profanos de la juventud.

No podíamos explicarnos aquel rasgo de supremo pudor en un barbero francés, hasta que acercándonos más á los cuadros, tuvimos la explicación del misterio.

Sobre cada uno de aquellos pedacitos de púdico papel, se leía lo siguiente, escrito con esa pimienta fina de los franceses:

Prohibido por la Municipalidad.

La Municipalidad sólo había consentido colgar aquellos cuadros en la barbería, á cambio de aquellas indecencias.

De este modo quedaba salvada la moral y los derechos del barbero francés á quien no se le podían quemar los cuadros.

Y, sin embargo, nos dijo aquel diablo, en lo material se

suelen ver cosas más fuertes, sin que la Municipalidad les haga pegar el pedacito de papel.

Salíamos de la barbería y apenas habíamos andado unas cuantas cuadras, nos hallamos frente á frente de la escena más cómica que pueda imaginarse.

Un hombre, en traje de cocinero, había salido como un balazo de un hotel.

Detrás de este hombre y armado de una sartén, corría un hombrecito más gracioso y satírico que una risa de diablo, sacudiéndole cada sartenazo que sonaba sobre sus paletas como un golpe de bombo.

Y aquel infame chiquilín, á cada golpe de sartén reía como un condenado.

Ah! hijo de perra! exclámamos cuando aquel diablo fué á pasar por nuestro lado enarbolando la sartén.

Oh! bandidos! exclamó en medio de su más graciosa y sonora carcajada sacudiéndonos un sartenazo: nos había conocido.

Aquel sátiro era Carlos, el más travieso, el más chico y el más diablo de todos los Campos, que sacaba peinando de aquella manera original al dueño del hotel donde paraba.

El tal dueño del hotel y cocinero al mismo tiempo, había puesto treinta bolivianos demás en la cuenta de Carlitos, que aquel día salía de Córdoba.

Carlitos, poco amigo de que nadie le robara, había bajado á la cocina á entablar su reclamo, pero el hotelero no lo quiso atender, diciéndole:

Pague no más que eso es lo justo.

Cómo va ser lo justo, cincuenta bolivianos por dos días de pensión! rebaje lo robado, porque sino no pago nada.

Al verlo tan chiquilín, el dueño del hotel se figuró hacer con él lo que quisiera, y sin más trámite le intimó que pagara la cuenta, tal como la había presentado, porque sino le cobraría sobre las costillas.

Carlitos Campos, que no necesita mucho para perder las riendas, esta vez, por excepción, creyó que el hotelero había perdido la chaveta y soltó una de sus sonoras carcajadas.

Pero el hotelero, interpretando aquello por miedo, no sólo le intimó el pago de la cuenta presentada, sino que se lo intimó sobre tablas, bajo la pena de quebrarle los huesos.

Campitos entónces, como por vía de ensayo dió al hotelero una canchada, y éste embrazando un palote de amasar, se le vino encima, amenazando descargárselo sobre la cabeza.

Fué así que Carlitos Campos tomó una sartén donde se hacía una tortilla, puso ésta de bonete al hotelero y se le durmió con una tunda de sartenazos que el hotelero no podía evitar, aunque había puesto sus dos manos en juego rápido, soltando el palote.

Fué entónces que para quitarse de encima aquella lluvia de golpes se salió á la calle, dando cada grito que podía sentirse de dos cuadras de distancia.

Y Campos salió detrás con la santa intención de freirle los sesos.

Entramos todos al hotel escuchando la referencia de aquel suceso curioso, y poco después entraba el hotelero cantando la más grotesca palinodia y diciendo á Carlitos que todo había sido una broma y que podía pagar lo que le diera la gana.

No debía pagarle con 20.000, dijo el travieso Cachirulo, pero al fin y al cabo es preciso indemnizarle la sarteneada que ha recibido y entregó diez bolivianos por día y medio de pensión, lo que equivalía al triple de lo que cobra el hotel de la Paz.

No pensábamos encontrarnos con tan alegre compañero que era un hallazgo verdadero para nosotros, porque don Ricardo debía quedarse en Córdoba, donde lo ha-

bían mandado á residir sus médicos, y, por consiguiente, se separaba de nosotros.

Aquella noche fué de las más alegres del viaje, pues en compañía de Campos nos soltamos á pasear por Córdoba, llevándonos él de visita á casa de unas muchachas lindísimas con quien había hecho estrecha relación.

Aquellas muchachas, más juguetonas que gatos chicos en cuanto vieron dos ingleses, se prepararon sin duda á pasar noche por demás salada, pues en la manera de responder á nuestro saludo, ya se veía que estaban muertas de risa.

Don Ricardo entró en juego bien pronto.

Aquellas muchachas lo hicieron cantar, aplaudiéndolo con entusiasmo, con lo cual se le ganaron de tal modo, que le hicieron declamar un trozo del *Hamlet* y hacer cuanta payasada se les ocurrió.

Don Ricardo, en su entusiasmo, pidió á una de las muchachas que le diera un retrato como recuerdo de aquella noche exquisita, á lo que la jóven le respondió con infinita travesura que no fuera pavo.

Esto abatató por completo á don Ricardo, quien declaró seriamente que se iba, porque las señoritas lo habían tratado de ave.

Thirsit reía estruéndosamente, como buen francés que se encuentra en presencia de un inglés de pura sangre.

¿Se ríe usted por qué me han tratado de ave? preguntó don Ricardo.

Líbreme Dios, respondió Thirsit mirando á las muchachas, me río porque estas señoritas son capaces de hacer reir á un muerto.

Todavía permanecimos una hora más en aquella casa de infinita alegría.

La viejita, madre de las muchachas, cabeceaba sacerdotalmente sobre el sofá y de esto se aprovechaban las muchachas para hacer todo género de herejías.

Dieron mate á don Ricardo con la bombilla caliente de tal modo, que en cuanto puso en ella los labios éstos chirriaron como plancha que se prueba á dedo mojado.

Y el mate rodó por el suelo con gran sobresalto de la vieja que se había dormido y en medio de un concertado de sofocadas risas, que acusaban á las muchachas de horrible premeditación en aquella broma quemante.

Don Ricardo había concluido por perder todo su buen humor y enfurecerse de tal modo, que si no es por Ireloir, que lo calmó en lo posible, la hubiera emprendido á guitarrazos contra todos los que allí estábamos, incluso la pobre vieja que atorraba en el sofá.

Pero no quiso quedarse un momento más, y salió sin querer dar la mano á ninguna de las niñas.

Fué aquí que estalló el verdadero coro de carcajadas, porque al darse vuelta don Ricardo, dejó ver una larga cola de papel que le habían prendido en el jaquet, sin saberse cómo ni cuando, pues ninguno había notado la opeción.

Nos despedimos á nuestra vez, notando que aquellas muchachas estaban verdaderamente sofocadas de risa.

¡Cómo no habían de estarlo si todos teníamos una cola de papel prendida á la ropa!

El único que se había salvado de semejante manifestación, era Cachirulo.

El infame, sin duda tenía vara alta con las muchachas, que nos habían hecho pagar bien cara la presentación.

Lo cierto es que, á pesar de todas aquellas bromas, de todas aquellas farsas y colas, sentimos tener que salir de Córdoba al día siguiente.

Todos hubiéramos deseado volver á aquella casa tan alegre, pero había que tomar el tren.

Á la madrugada y como media hora antes de salir el tren, ya habíamos tomado mate con colaciones, masas exquisitas que sólo en Córdoba se encuentran.

La dueña de casa no había tenido mucho trabajo para despertarnos, porque como nos retiramos tarde, nos echamos vestidos sobre los catres para levantarnos más fácilmente en cuanto fuese la hora.

Pagamos nuestra cuenta, agradecimos á la señora todos los cuidados que le merecíamos, nos disculpamos nuevamente del bromazo de la primera noche y tomamos al fin el tren para el Rosario.

Tierna y sentida fué la despedida con don Ricardo, compañero de tanto día de malandanza.

Pero no había más remedio y preciso fué conformarse.

Don Ricardo nos cantó por última vez el Crudo Tucumano y nos exigió palabra de volver tan pronto como nos fuera posible.

Dejamos á don Ricardo ventajosamente reemplazado por Carlitos Campos, y seguimos al Rosario, última estación de aquel viaje cuyos malos momentos empezábamos ya á olvidar con la proximidad á Buenos Aires.

De Córdoba al Rosario, el viaje cambió completamente en todos sus accidentes y episodios.

Es un viaje monótono, pesado, sin ningún encanto y sin ningún contratiempo.

Por compañero de viaje teníamos á un señor cordobés, que se había estirado en dos asientos, á leer un libro de antigüedad remota á juzgar por su añeja encuadernación.

En las oficinas de Córdoba al Rosario, todo era distinto.

Por allí no se vendían quesadillas, ni el chocolate con leche de cabra, ni naranjas á «dos pares y una á medio», ni guarapo, y había agua tan abundante que se podía beber en cualquier parte sin la menor economía.

Ya desaparecía la inocencia y buena fe de la gente, y los que en las otras estaciones eran negociantes honestos y comedidos, eran aquí especuladores con el alma

echada á la espalda, que calculan el precio que han de pedir por un trago ó un mendrugo, con arreglo al hambre ó la sed que ven transparentarse al que pidió la primera vez.

Todo es especulación, ya nada se da de balde al pasajero, porque todo tiene su precio, así es que el que no lleva dinero bien puede morirse de hambre que nadie ha de darle lo que necesita.

El extranjero, que sólo por excepción se veía de Córdoba adelante, empieza á abundar ya de Córdoba al Rosario.

Todos los negocios son suyos; con excepción de una que otra pulpería donde no se vende más que caña con limonada ó sangría de vino francés.

Por fin llegamos al Rosario, después del cansado viaje del tren, donde tanto habíamos echado de menos á don Ricardo y sus exquisitas canciones.

Nos alojamos en un hotel, donde levantamos un coro de agradables recuerdos á favor del hospedaje de Córdoba, de aquella comida tan criolla y de aquellas camas tan limpias y cuidadas.

Allí volvíamos al eterno carnero con papas, de todas las fondas de este mundo, y al mismo tufo espantoso que se desprende de todos los platos.

Ah! por qué no había en el Rosario casa de huéspedes!

Al día siguiente no salía vapor, y viéndonos forzados entónces á permanecer en el Rosario un día y una noche más.

Nos acostamos después de una intentona de comida para matar el tiempo descansando el cuerpo, pero bien pronto otros huéspedes más antiguos de la casa, nos sacaban de la cama como rata por tirante.

Aquello era una especie de venta de Don Diego, pero con chinches más astutas y civilizadas que aquellas, por-

que apenas se prendía la luz, desaparecían de la cama por encanto.

Por eso es que nos lancearon los matambres, encendimos luz para buscar á que familia lanceante pertenecían los despertadores, pero no vimos nada.

Al mayor Herrera se le ocurrió entonces levantar una punta del colchon, dando con una verdadera y numerosa colonia de chinches atorrantes, que con una rapidez asombrosa se escondían en cuanto sentían el frotar del fósforo en la pared.

Tuvimos que ganar el suelo donde cada cual hizo su cama como en campaña, es decir, con las pilchas de sus recados.

Á la mañana siguiente, y con el cuerpo algo molido, porque no es lo mismo el lecho de tierra que el desigual y lleno de tolondrones que forma el de ladrillo, salimos á dar un paseito dirigiéndonos al puerto.

Había un sol formidable y un calor consiguiente á semejante sol.

Las carretas que iban á ocuparse de la carga y descarga, habían desuñido sus *guaises* que andaban raboneando el poco de pastito que podían hallar, mientras sus propietarios daban una cerradita de ojos debajo de la chilladora carreta, dando tiempo á que vinieran los empleados de aduana.

Allí, entre aquellos bueyes sueltos, tenía lugar un espectáculo curioso y originalísimo.

Repartiendo cachetes á uno y á otro lado, cuerpeándole á unos y dando con el saco en las aspas de los otros, había un jóven que se movía con una habilidad pasmosa.

Era un joven de fisonomía de arabe, jovial y risueña y fuertemente expresiva.

Sus ojos expresivos y negrísimos iluminaban con su brillo aquella fisonomía animada y poderosa.

A la par que se movía entre los bueyes con rapidez

vertiginosa, daba extraños gritos, pronunciando palabras que al principio no podíamos descifrar.

Maldita sea tu arma de carnero! gritaba de pronto, sacudiendo un sacazo al buey que tenía mas próximo.

Arza! cobarde! hijo é mala mare! arzenté por Dió, que ya reviento é ganas de sacarle asté los ojos! mardita sea tu arma de Popa!

¡ Que venga er Tato, que venga er Tato á aplicarle los puntíos! que venga er Tato antes que lo vaya á buscá á puyazo!

Y saltaba de un lado á otro con agilidad de gato, limpiando con la manga de la camisa el sudor que caía de su frente como un aguacero.

Era aquel algún loco, fuera de toda duda, porque no podía ser un borracho, en cuyo caso hubiera rodado por el suelo mil veces.

Pero, ¿qué extraña locura era aquella que le hacía confundir el puerto del Rosario con una plaza de toros, los pacíficos bueyes con toros de lidia y y convertirse él mismo en una cuadrilla completa, y hasta en público?

No es loco, nos dijo un carretero que había estado sonriendo ante nuestro asombro, es el señor Molero, hermano de Torrado y Molero, que se divierte todos los días en capear los bichos, como él los llama á los bueyes.

Cuando se cansa, se retira y se sienta un rato por ahí, retirándose en seguida para no volver hasta mañana.

Á la media hora de estar allí, el jóven se separó de los bueyes, y poniéndose el saco se acercó á nosotros, conociendo sin duda que no éramos gente del Rosario, y nos dijo con el aire mas zumbón y la palabra mas zafada de este mundo:

¿Qué tal la fiesta, compare? puf! tengo la chichi le mesmo que una meolla é toro enta de é corría.

Y soltó la más franca y alegre carcajada.

Aquel era, según nos dijo él mismo más tarde, un hermano del socio del señor Torrado.

Andaluz legítimo y torero de sangre, se iba todos los días al Puerto, á despuntar el vicio, toreando bueyes, y haciéndose la ilusion de que se hallaba en una corrida de la que él formaba parte.

É insultaba á los toros, á los toreros y al público, como si realmente asistiera á la escena que imaginaba.

Es mi única diversion, nos decía, en su lenguaje pintoresco y cerrado, pues hacía muy poco tiempo que había salido de Andalucía y no sabía hablar el castellano.

Cuando estoy aquí tocando á estos buenos bichos, morbido der mundo y de todo lo que no es un par de puntiyas.

Ah! los toros! bendito sea er Dió que los parió.

Y concluyendo de ponerse el saco, se alejó tan alegremente, como si en realidad saliese de una corrida de toros.

Aquella noche era preciso pasarla de alguna manera entretenida y risueña.

En el Rosario no había teatro, ni fiesta alguna, lo que hacía imposible nuestro saludable proyecto.

Hacer visitas serias á las familias de nuestra relación era asunto serio y engorroso, para viajeros que sólo están un día en una parte.

Y, sin embargo, era preciso matar la noche de una manera agradable.

Yo conozco unas paicas, nos dijo Campos, donde suele juntarse alguna gente alegre de guitarra y canto; si quieren los llevaré, prometiendo hacerles pasar una buena noche.

Una gran silbatina fué la respuesta que dimos á aquel diablo.

Basta con tres cordobesas que nos soltaron con colas, dijimos.

No quiero que vuelvan á tratarme de ave como á don Ricardo, agregó Ireloir, rechazo la moción por unanimidad.

Nos pusimos á comer, pero la noche empezó á hacérsenos tan larga y aburridora, que aceptamos ya sin más trámite el ofrecimiento de Campos y nos dispusimos á ir á visitar á sus paicas.

Era ésta una familia rosarina, compuesta de la madre y tres hijas, á cual más alegre y decidora.

Todas ellas tocaban la guitarra y cantaban *tristes* provincianos y *décimas* porteñas.

¡Qué botas se habría puesto don Ricardo si hubiera estado allí!

Cuando nosotros entramos había algunos mozos de visita, pero Campos tenía tal banca, que en el acto fuimos rodeados por las muchachas que entablaron risueña y animada conversación.

Hablando de todo un poco, las muchachas contaron á Campos como hacía muchas noches que estaban aterradas por la presencia de la *viuda* que había aparecido en el arroyito.

Hasta ese momento no se sabía que la *viuda* hubiese atajado ni muerto á nadie.

Sentimos mucho tenernos que ir mañana, decía Campos, porque si no tendríamos el gusto de traerles la *viuda* por las orejas y hacer que les cebara mate.

¡Líbrelo Dios! ¡Carlitos! ¡La *viuda* lo mataría!

La *viuda* generalmente, no es más que un ladrón vestido de mujer y trepado sobre unos zancos para parecer más alto, esplotando el miedo de los supersticiosos y robarles algunos pesos.

¡Jesús qué abismo! La *viuda* es un alma que no es de este mundo; para matar no tiene más que tocar con un hueso de sus dedos; cuantos ejemplos de esto hay en el mundo.

La *viuda* no es otra cosa que lo que ya les he dicho, no tengan duda, si yo me fuera á quedar más tiempo en

el Rosario, ya les digo, mi mayor placer sería traer á la *viuda* de las orejas para que les cebara mate.

Las otras visitas que escuchaban el diálogo, miraban asombradas unas á aquel guapo corre *viudas*, mientras otras se sonreían socarronamente dudando de la cosa y como quien dice: otra cosa es con guitarra; si apareciera por aquí la *viuda* serías el primero en disparar.

Serían las once de la noche é íbamos á despedirnos ya, cuando se presentó en la sala la mulatilla sirvienta, dando despovoridos gritos.

¡La viuda! ¡La viuda! ¡Señora de mi alma! Nos va á comer á todos porque está haciendo señas para este lado.

Un movimiento general de espanto se produjo entre todos los que estaban en la sala.

Las mujeres soltaron su más estridente grito tapándose la cara con lo que tuvieron más á mano, mientras las hombres se estremecían de asombro; clavando la vista en Campos, para ver si aún mantenía sus palabras de momentos antes.

Pues, mis amigos, lo prometido es deuda, dijo Cachirulo; el último mate de esta noche lo vamos á tomar cebado por la *viuda*.

Grandes llantos y desmayos acogieron las palabras de Carlitos Campos.

¡Lo va á matar! gritaban las mujeres; ¡yo no quiero que vaya! ¡Es una locura, es una temeridad que no tiene razón de ser! ¡Pero si ya les he dicho lo que es la *viuda!* y ya ven que somos tantos, que no se ha de atrever á hacer otra cosa que disparar. Pero buenas piernas ha de tener si logra escapar de ésta.

Y á pesar de los gritos y llanto de las mujeres, salimos á la puerta.

Una bolada de hacer prisionera nada menos que á la viuda, no era cosa de desperdiciarse.

Detrás de nosotros salieron las cuatro ó cinco perso-

nas que se hallaban de visita en la casa, porque mudos y aterrados no se atrevían á pronunciar palabra.

Á unas ocho ó diez cuadras de distancia, se veía una especie de farolito ó de linterna que se movía en todas direcciones.

De pronto quedaba quieta, y podía apercibirse algo como dos sombras que vagaban debajo de la luz.

¿Esa es la *viuda?*

Esa es la *viuda*, respondió con voz temblorosa uno de los visitantes.

Pero aquello eran unas dos ó tres sombras.

Pues serán una, dos ó tres *viudas* que habrán salido esta noche porque han adivinado que alguien iría á perseguirlas, no hay duda.

¡Pues á buscar á las *viudas!*

¡A buscar! á las *viudas*, dijimos, y enfilamos en dirección al arroyito.

La lucecita seguía moviéndose de abajo arriba y de un lado á otro, como si hiciera alguna seña conocida y cuando la luz se levantaba mucho, entónces se podían ver claramente dos ó tres sombras que se movían de la misma manera.

Un exceso de vergüenza había hecho que, los que se hallaban de visita con nosotros en la casa, salieran también en persecución de la *viuda*, pero á medida que nos íbamos acercando, aquellos iban acortando el paso, hasta que se quedaban atrás y se volvían.

El susto era más fuerte que toda vergüenza y toda voluntad.

Campos iba riendo como un basilisco, y describiendo la cara italiana que debía tener la tal *viuda*, y el jabón que iba á llevar cuando supiera el objeto de nuestro viaje.

Ya á una cuadra de la luz íbamos nosotros solamente; el resto de los compañeros se había vuelto cuando la cosa les pareció un poco apurada.

Á juzgar por el movimiento del farolillo, aquellos fantasmas no nos habían visto ni podían vernos tampoco, preocupados con algo que les llamaba la atención decididamente.

Ó estaban haciéndose señas con alguien, ó estaban ocupados en la tarea de amolar á algunos individuos que andarían por allí cerca.

Á media cuadra de distancia ya pudimos distinguir claramente las personas que movían la luz.

Eran dos individuos del pueblo, que estaban ocupadísimos en algo que no podíamos distinguir bien.

De pronto ocultaban la luz bajo las ropas, haciendo completa obscuridad y de pronto la dirigían á un punto determinado, haciendo movimientos raros, como quien guarda algo en una cesta.

Lo que nos llamó la atención desde el primer momento, fué que aquellos individuos no se hallasen en traje de *viuda*, es decir, con la larga pollera negra que les permitía encaramarse sobre un par de zancos.

Eran individuos vestidos con simple traje italiano, es decir, calzón de piel de diablo y chaqueta de pana.

¡Extrañas *viudas!* esclamó Cachirulo, que no están observando su más espantable detalle: el trago.

Y seguimos andando, pero en puntas de pié y produciendo el menor ruido posible, para no llamarles la atención y sorprenderlos en fragante delito de viudedad sin trajes.

Con tanto recato anduvimos, que los italianos ni siquiera nos sospecharon.

Cuando Carlitos echó mano al cogote del que tenía la luz, el pobre hombre quedó tan helado de espanto que no pudo hacer el menor movimiento ni pronunciar la menor palabra.

El otro quiso huir en dirección á la ciudad, pero lo teníamos rodeado y no podía hacer ninguna tentativa en este sentido.

No había más que entregarse presos y venir con nosotros á cebar mate á las paicas según lo había prometido Cachirulo.

En cuanto los italianos se tranquilizaron y á la lúz del farol pudimos apreciar mejor los objetos, ya nos sospechamos que habíamos hecho una injusticia, acogotando á gente pacífica que ningún mal hacía, y que sólo el miedo de los tímidos los había hecho tener por gente mala y de no santas intenciones.

¿Qué quieren de nosotros? Preguntó el menos asustado, así que pudo darse cuenta de lo que pasaba; somos pobres diablos y no llevamos encima nada que valga la pena.

Nos habían tomado por ladrones, lo que era una prueba indudable de que era gente de paz y en ninguna manera dañina.

¿Y qué hacen ustedes? Preguntó Campos, esto es lo primero, lo único que queremos saber.

É, sacamos ranas para comerlas cuando se puede, y venderlas á los aficionados cuando son muchas.

Y abriendo la canasta que allí tenían, nos mostraron una buena cantidad de ranas, lo que probaba que aquella había sido una noche de abundancia.

Eran realmente aquellos, dos pobres pescadores de ranas, operación en que se ocupaban todas las noches.

La rana se encandila con la luz artificial puesta de golpe sobre los ojos y queda inmóvil, siendo entónces facilísimo cazarlas de las patas.

Esto explica perfectamente el eterno mover de la luz y el por qué la ocultaban de cuando en cuando para sacarla de golpe y encandilar las ranas que quedaban en la superficie del agua.

Pues, amigos, dijimos, ustedes están sospechados nada menos que de ser viudas, al extremo de que nosotros habíamos venido con la poca cristiana intención de darles una paliza.

Para evitar que algún miedoso que no tenga el coraje de venir hasta aquí, pero sí de pegarles un tiro á la distancia, vaya á matar á alguno de ustedes, es necesario que vengan con nosotros á mostrarse y probar que no son tales *viudas* si no simples cazadores de ranas.

Mucho rieron los dos buenos *bachichas* al saber la sospecha de que eran objeto; pero conviniendo con nosotros en que era preciso destruir el error para evitarse una desgracia, recogieron las últimas ranas y nos acompañaron á casa de las paicas.

Á medida que nos acercábamos con la luz, el terror aumentaba en aquellos que esperaban nuestra vuelta ó la venida de la *viuda* trayendo nuestros cadáveres.

Habíamos atado el farol en una rama muy larga, haciendo con él extraños movimientos como signos.

Para los que se habían quedado á esperarnos en el camino no atreviéndose á llegar hasta el arroyito, fué indudable que la *viuda*, después de habernos comido crudos, se les venía encima, y volvieron á dos lados á casa de las paicas, con la noticia de nuestra triste muerte.

Y allí se encerraron, refiriendo un tejido de aterradores embustes.

Cuando llegamos á la casa, sentimos los lloros y gritos de las pobres mujeres, que lamentaban nuestra pérdida, y sobre todo, la muerte de Cachirulo, persona estimadísima y querida de todos ellos.

Golpeamos la puerta, pero un silencio de muerte se produjo primero, silencio que fué seguido por sendos gritos de socorro y de piedad.

Creían que era la *viuda* que venía á completar su obra de destrucción, comiéndoselos crudos.

Campitos golpeó de nuevo nombrando á las muchachas, pidió que le abrieran la puerta, que no tuvieran miedo, nombrándose él mismo repetidas veces.

Es Cachirulo, dijo una; no me cabe duda; yo le conozco la voz.

No crean, repuso una voz de hombre, yo mismo lo ví destripar de un faconazo.

Miente el bellaco, gritó Carlitos; es un collonazo que no sabe lo que dice; soy yo, Cachirulo; muchachas, ábranme.

Y soltó una de aquellas carcajadas tan alegres y traviesas.

¡ Abran la puerta, no sean cobardes ¡ dijo otra, ¿ no ven que es Cachirulo el que habla ?

Entónces sentimos pasos que se aproximaban á la puerta y una voz de hombre que preguntaba:

¿ Es Campos ó es acaso su alma que anda penando ?

Yo te voy á dar alma en pena, estúpido, gritó Cachirulo empezando á amostazarse — ¿ has oido alguna vez un alma hablar como persona ?

Los italianos reían como unos locos al ver el alboroto que habían armado pescando ranas, y explicándose entónces el peligro que habían corrido.

¡ Caramba ¡ Si hubiese habido aquí un hombre algo decidido, no hay duda que ya nos hubiesen pegado algún balazo á la distancia.

Por fin se abrió la puerta y pudimos entrar, siendo saludados por una salva de alegres aplausos.

Los que habían jurado que nos habían visto muertos y corridos por la viuda, quedaron con la cara más larga y desabrida que pueda imaginarse.

Y fueron enfilando á la calle, porque la farsa y la chacota que les hacían las muchachas ya iba subiendo de punto.

Cuando supieron la verdad de lo que había pasado, las muchachas propusieron un manteo á los que aún no se habían ido, manteo que no se pudo realizar porque los pobretes, corridos de vergüenza, se apresuraron á salvar el bulto.

Los italianos se fueron á la cocina y frieron algunas ranas para obsequiarnos, y nos parecieron tan famosas, que los que nunca habíamos probado semejante comida, nos pegamos un atracón soberano.

Y terminó así la famosa y espeluznante aventura de la *viuda* en el arroyito, aventura que tanta bulla causara en la memoria de aquellas paicas, como el hecho del más asombroso valor de que haya memoria.

Nuestro viaje infernal, parecía terminado.

Ya no teníamos más que tomar el vapor para Buenos Aires, y todas nuestras penurias quedaban terminadas.

Como de todos modos teníamos el día para dormir en el vapor todo lo que se nos diera la gana, resolvimos pasar en claro el resto de la noche, y ahorrarnos el tener que proveer de sangre á las famosas chinches del hotel.

Como no teníamos parte alguna donde pasar la noche con mejor provecho, nos pusimos á conversar alegremente en el hotel, mientras Campos nos refería algunas aventuras tucumanas, dignas de una corona.

Por la mañana nos fuimos á almorzar con todo el apetito que pueden tener hombres que han pasado una noche en claro.

Comimos por diez, y tan largamente, que cuando llegamos á bordo, apenas podíamos con el peso de los intestinos.

Nos dieron un camarote, el único que había, que hubiera sido lo bastante para nosotros, á no haber estado ocupada una de las camas.

Ésta estaba tomada por un señor cura, hombre alegre y campechano, que en aquel momento conversaba por siete en el comedor, con algunas personas que tomaban mate.

Parecía el cura un hombre de buen génio, de una alegría exagerada, pero de una fisonomía suave y bondadosa.

Amigo señor cura, le dijimos, somos cuatro y nos han dado un camarote de cuatro camas, pero sucede que una está ocupada por usted y uno de nosotros tendría que mirar dormir á los demás.

El cura nos miró sonriendo sin comprender á donde íbamos á parar.

Es el caso, agregó Herrera, que usted puede prestarnos el mayor de los servicios sin la menor de las incomodidades.

Nosotros, al revés de todos, dormimos de día y velamos de noche.

Si usted quiere prestarnos su cama por el día, nosotros se la desocuparemos á la noche, que será probablemente su hora de descanso.

No tengo el menor inconveniente, contestó el cura sonriendo, con tal que ustedes me la desocupen á las nueve, que es mi hora de entregarme al reposo.

Dimos media vuelta y nos ganamos el camarote donde nos pusimos á dormir como verdaderos bienaventurados.

No sabíamos cuanto había durado el sueño, cuando despertamos á las voces comedidas y unos estrujoncitos tan suaves que parecían hechos por mano de mujer.

Era el estimable, el respetable señor cura que, siendo las nueve de la noche, venía á reclamar su cama con arreglo al compromiso contraido.

Nos levantamos todos y fuimos al comedor, pues habíamos prevenido al mozo que nos guardara de comer para aquella hora.

En el comedor había muchos pasajeros conversando alegremente, jugando unos y otros escuchando tocar el piano una polka llena de sentimiento, maestralmente interpretada por una sobrina del señor Zaballa que venía á bordo.

La gentil niña recorría el diapasón del instrumento con suavidad de terciopelo y una expresión verdaderamente artística.

Una dama romántica escuchaba con una atención marcadísima, aunque tenía los ojos cerrados, sin duda para reconcentrarse más en la música.

Cuando la jòven terminó la pieza en un arpegio celeste que se fundió en el eco del último acorde, la dama romántica abrió los ojos y lanzando un suspiro formidable esclamó:

—¡Oh! la música, yo soy loca por la música! y añadió mirándonos:

No sé cómo puede haber gente tan material y prosáica que pueda comer cuando se está haciendo música.

Sin comer no hay vida posible, respondio Ireloir y no hay digestión más plácida que la que se hace al arrullo de un nocturno de Chopin ó Schubert.

¡Ah hombre material! esclamó la jóven, ¡alma aletargada! ¡Eso que usted acaba de decir es una blasfemia!

Y qué, preguntamos entónces, ¿hay alguién que pueda vivir sin comer? ¿Podría usted misma dejar de llenar esta necesidad de la vida?

¡Como tan poco, suspiró la dama, que bien puede decirse que no como nada, pero nada!

La música y la poesía, el amor de los seres queridos y el esplendor de la naturaleza, este es el alimento supremo.

Pero con eso no se puede vivir, se necesita puchero, y llenar otras necesidades de la vida.

¡Qué horror! ¡Qué abismo! dijo la dama; ¡cómo se conoce que es usted militar! y pidió á la jóven y complaciente pianista la ejecución de otra pieza.

¡Esta es la vida! esclamó, ¡la vida del espíritu, nada de material!

¡Pero la vida sin puchero! repetimos: el puchero es indispensable.

Iba á respondernos la dama con algún dicterio, sin duda, cuando se presentó el mozo con té, café y galletitas.

El señor Zaballa pidió unas tostadas con manteca para obsequiar á su sobrina y la conversación se hizo general, miéntras el mozo servía té ó café con leche á voluntad del consumidor.

La dama romántica siempre sosteniendo sus aéreas teorías, comió galletitas, comió tostadas y volvió á comer galletitas, mojando el todo con dos morrudas tazas de café con leche.

Sin embargo, no sólo siguió poetizando la vida, sino que con el último trago de café declaró que la vida estaba demás y que ella desearía morirse si supiera que habría una persona que todos los días llevara flores á su tumba.

Y si le hubieran traido diez tazas más, estamos seguros que las diez se las hubiera tomado, siempre con sus correspondientes galletitas.

Era la una de la madrugada cuando nos retiramos á dormir, con un sueño de todos los diablos, porque la siesta no había sido suficiente.

¿Pero cómo hacer; allí estaba el cura roncando como un hipopótamo?

No había cama sino para tres.

Aquí no hay más que volverse vinchuca, dijo Cachirulo, y con una suavidad incalculable, dió un pinchazo de alfiler en el rollizo brazo de su paternidad.

Los ronquidos cesaron como por encanto, y el cura abrió los ojos y se rascó de una manera desesperada.

Pero poco después los ronquidos anunciaron que había vuelto á tomar el sueño.

Un nuevo pinchazo lo hizo saltar tan de improviso que se golpeó la cabeza contra la cama de arriba.

¡Yo no sé qué tengo! esclamó mirándonos de una manera sospechosa; parece que me hubieran dado un cortaplumazo.

Son las vinchucas señor, respondió Cachirulo; nosotros nos hemos tenido que vestir para no ser comidos vivos.

Sin duda el sueño era mucho, porque el cura volvió á quedarse profundamente dormido.

Pero los pinchazos se repitieron en tal *crescendo*, que el cura se tiró de la cama al suelo y se vistió apresuradamente, convencido que las vinchucas le iban á reducir al estado de una naranja chupada.

Como le dijéramos que en el comedor aún se tomaba té, el buen cura enfiló para ese lado, y nosotros descalabrados de risa, nos metimos á la cama y nos quedamos profundamente dormidos, después de haber cerrado la puerta por dentro.

No sabemos lo que haría el cura en vista de la usurpación de que fué víctima.

Cuando la quietud del vapor nos despertó, sacándonos en blando mecer de su marcha, empezaba á amanecer, y nos hallábamos fondeados en el Tigre.

Abrimos la puerta y enfilamos al comedor donde ya estaba servido el tradicional té con galletitas y donde la dama romántica embaulaba taza tras taza.

¿Qué tal, señores vinchucas; nos preguntó el cura á penas nos vió; han descansado ustedes bien, no teniendo ya á quien picar?

Había tal mansedumbre y tal dulzura en la palabra de aquel hombre, que en un movimiento instintivo le tendimos afectuosamente la mano.

—¡Oh! la juventud! exclamó miéntras la estrechaba cariñosamente; ¡no hay cosa que yo no dispense á la juventud! Yo también he sido jóven, hijos míos, también he tenido hermanos como un rayo.

Y sus ojos se empañaron, al extremo de tenérselos que enjugar con el pañuelo.

¡Quién sabe que recuerdo doloroso estrujaba en aquel momento el corazón de aquel hombre!

Desde ese momento fuimos los mejores amigos: aquel cura se nos había entrado en el corazón.

Tomamos el tren en el Tigre, y en compañía de tan bondadoso hombre, venimos entretenidos hasta la estación del Retiro.

Por fin nos hallábamos en Buenos Aires, en este venturoso Buenos Aires, teatro inmenso donde el corazón se agita con todas las pasiones humanas.

Nuestro viaje infernal había terminado.

Cada cual tomó su maleta y echándosela al hombro, nos fuimos á recibir el abrazo de la buena madre.

FIN.

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

OCT 19 1936

SENT ON ILL

OCT 10 2000

U. C. BERKELEY

YB 43519

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003335860

712102

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY